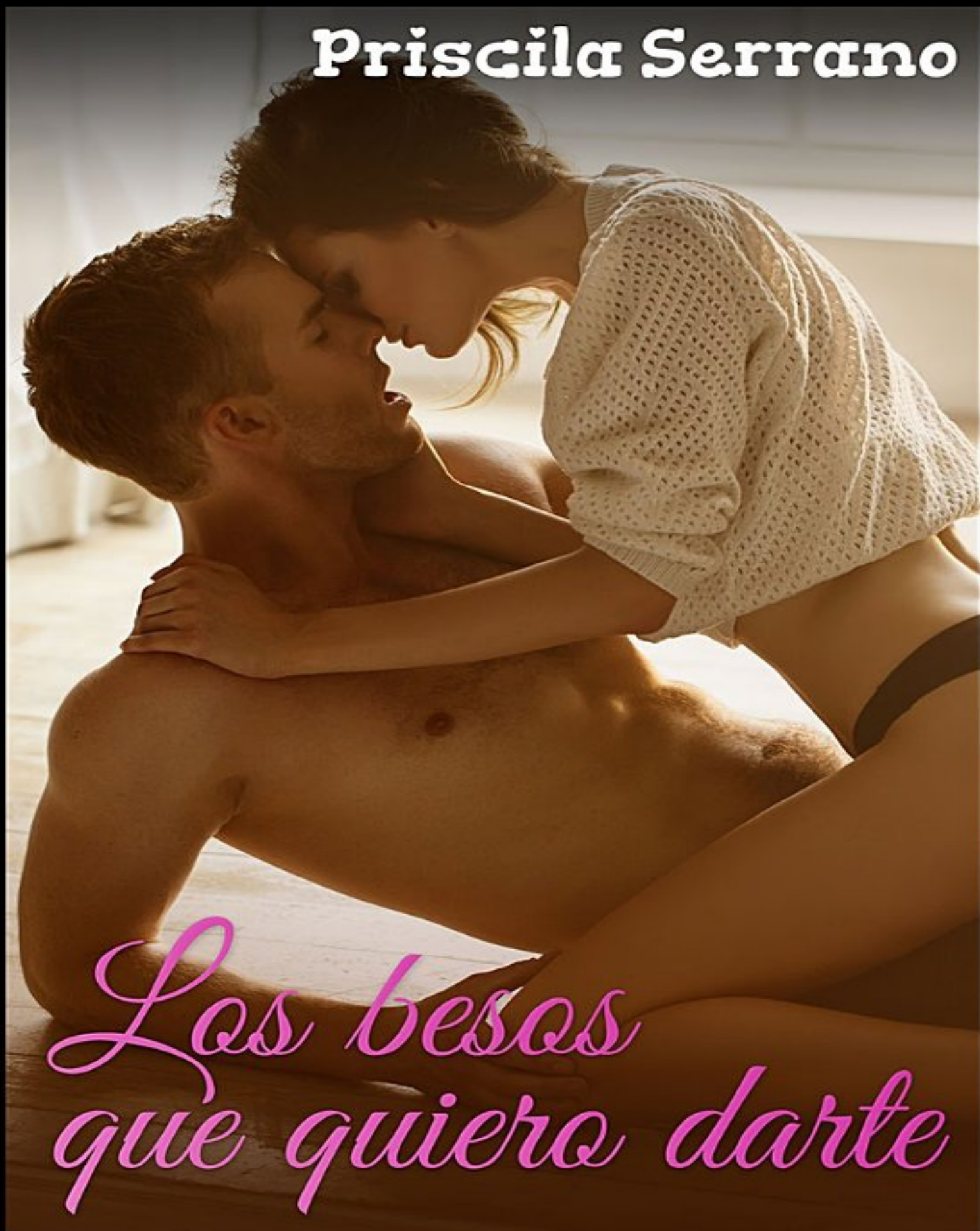


Selecta

Priscila Serrano



*Los besos
que quiero darte*

Los besos que quiero darte

Trilogía Besos 3

Priscila Serrano

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Prólogo

Pensar que me podría enamorar de él, era algo que tenía muy presente, pero luego, me daba cuenta de que no, que era imposible sentir algo por un hombre tan frío y gilipollas como Cristian. Y yo, tonta de mí, estuve a punto de caer en sus garras, pero no, no me dejé vencer, no dejé que me sedujera con esos malditos ojos azules y esos labios carnosos que aún no había tenido el placer de besar... Joder, necesito un psicólogo, porque si no, acabaré mal, muy mal.

Mi vida había cambiado demasiado en muy poco tiempo, tanto que casi no me reconocía. La Luisa alegre, ligona, juerguista y loca de siempre había sido sustituida por una estúpida, enamoradiza y que estaba loca por que le echasen un buen polvo. Solo pensar que, si yo quisiera, podría tenerle... Aunque fuera para eso, el sexo, porque él no quería nada serio y lo dejó muy claro la primera noche que salimos a escondidas de nuestros amigos, porque «¿qué dirán?». Yo sí sabía lo que mis chicas iban a decir, pero ¿y los chicos? No sabría decir, aunque sinceramente me la suda lo que digan, pero ¿le sucedía lo mismo a Cristian? Esta iba a ser una relación muy complicada.

Así que ahí estaba, sola en el bautizo, mirando de reojo al chico que me volvía loca, pero que, a la vez, quería mantener lejos de mí para que no me rompiese el corazón. Y me sentía tan patética que iba a cogermela mayor borrachera de todos los tiempos. A la mierda la nueva Luisa, que volviese la antigua. Ella sí sabría qué hacer con el tema «guaperas».

—Deja de babear por él —escuché la voz de mi amiga Lara.

—¡Yo no babeo! —exclamé sin mirarla.

Lara se sentó a mi lado y cogió mi mano. Suspiré, porque me jodía que me conociera tan bien. Me hubiese encantado ser una mujer reservada con mis amigas, pero no, yo les contaba todo a ellas, no vivía en paz sin hacerlo.

—Sí que lo haces —rebatí—. No tienes que fingir conmigo, Luisa. Sé que sientes algo por él, pero no eres capaz de reconocerlo y es la primera vez que no me lo cuentas. Eso solo puede significar una cosa. —Miré a mi amiga y alcé una ceja.

—Por favor, no me vengas con tus teorías, Lara. No significa nada de nada, así que no insistas —repuse nerviosa.

Ni yo misma me creía lo que acababa de soltar por mi boca. Lara se mantuvo callada, pero ese silencio daba más miedo que el crujido de la madera en la noche. Me daban tanto miedo esos momentos en los que una está sola en la cama, a punto de dormirte y comienza a crujir toda la casa... Por Dios, esa noche ya no dormiría.

Bueno, que me voy del tema, que no quise hablar más con Lara porque sabía que la conversación se iba a ir por los cerros de Úbeda. Y ahora más, está embarazada por segunda vez, y las hormonas la tienen completamente desquiciada. Lara era una fantástica «periodista» llena de teorías, y yo no tenía el horno para bollos, o como suelo decir cuando estoy cabreada, *no tengo el chichi para farolillos*.

—Si tú lo dices... —Me levanté dejándola con la palabra en la boca y me fui hasta la nevera para coger hielo.

Desde la barra de la cocina, miraba a Cristian y mi corazón latía de una manera increíble.

—Joder —susurré.

Tenía un gran problema y no podía seguir así. Iba a tener que poner tierra de por medio, o incluso un océano. Sí, eso haría. Saldría de ahí, huiría como hizo Lara y me iría a Cuba o a México... Bueno, no sabía a dónde, pero

saldría de la vida de Cristian para siempre, por lo menos antes de salir herida.

Capítulo 1

Después de cogerme la mayor borrachera de la historia en el bautizo de Ángel, me fui del local sin despedirme de nadie. Cristian estuvo toda la noche tonteando con una de las compañeras del trabajo. Una policia, con tetas operadas y cabello rojo que lo tenía babeando. La muy zorra sabía que yo los miraba y se pegó a él como una lapa. Entonces, me emborraché y cuando me cabree de estar viendo semejante gilipollez, me fui a dormir la mona.

No entendía el porqué de mis celos, si era yo la que me había negado a tener algún tipo de relación con él, pero claro, ¿quién quiere ser la *follamiga* de alguien? A mí no me gustaba eso. O éramos pareja, o no. Era tan difícil encontrar a alguien con el que compartir tu vida entera... Desde luego que los príncipes azules no existían para mí, en su defecto, lo único que había eran gilipollas que se creían príncipes y no llegaban ni a rana. Como el que se cree mierda y no llega ni a pedo, pues igual.

A la mañana siguiente, cuando me levanté y vi la hora que era, casi me caí de bruces contra el suelo. Ya llegaba tarde al trabajo.

—¡Joder! ¿Por qué coño tuve que beberme todo? Mi padre me mata —dije poniéndome los pantalones y cogiendo la primera camiseta que encontré en la silla.

Entré al baño e intenté peinarme, pero tenía el pelo tan enmarañado que vi

como única solución raparme al cero. Luego lo pensé mejor y me di cuenta de que jamás me cortaría el pelo. Por Dios, con lo sexi que es y lo que lo cuido. Debería ser más consciente cuando me acostaba, y recogérmelo para que no se enredase, pero con la cogorza que traía la noche anterior, la verdad es que no estaba yo muy puesta en nada. Llegué y me tiré en plancha en mi cama.

—Vaya cara de alcohólica que tienes, Luisita. —Me reí de mí misma y me lavé la cara.

Cuando estuve lista, salí del baño, cogí el bolso, metí el móvil y salí por patas. Cuando llegase al bar, mi padre me despediría y eso que no podía hacerlo. Yo era la dueña. Mi padre decidió poner el bar a mi nombre hacía unos meses por motivos de salud. Bueno, el hombre estaba mayor y no quería que, si le pasara algo, Dios no lo quisiera, me quedara sin nada. Por eso decidió ir al notario y dejarme todo lo que él poseía. Su casa también me la dejó, pero yo no la quería, eso podía devolvérselo a la gilipollas de mi hermana, la desaparecida. No sabía ni por qué me estaba acordando de ella, juré no hacerlo nunca, pero ahí estaba, de camino al bar, con una resaca de mil demonios y acordándome de la estúpida de mi hermana Noelia.

Hacía años que no sabíamos nada de ella y no es que tuviese yo muchas ganas de verla, pero joder, por lo menos podría haber llamado a mi padre de vez en cuando. Él sí sufría mucho por su hija perdida, aunque muy perdida no estaba, pues fuentes cercanas me dijeron que la habían visto en Málaga hacía tres años.

Me obligué a no pensar más en ella y llegué al bar, aparqué el coche y salí corriendo. La hora, Dios, la hora. Había llegado una maldita hora tarde y al entrar al bar, mi padre me miraba con cara de perro a punto de comerse su mejor hueso. Me acerqué muy despacio, con miedo... tengo a un ogro como padre. Puede que esté exagerando un poco, pero no, cuando mi padre se cabrea, hay que temerle.

—Luisa, Luisa. Muy mal por tu parte. ¿Qué horas son estás de llegar? —

me preguntó con voz calmada y me extrañó tanta amabilidad.

No le di importancia y fui directa al almacén para ponerme el delantal, pero al entrar, me quedé con la boca abierta, tanto que, por poco, se me cae al suelo. Cristian estaba sentado en una de las cajas de cerveza. ¿Qué hacía ahí? Eso era lo único que mi cabeza pensaba.

—Por fin llegas —me dijo sin más.

—¿Habíamos quedado y no me acuerdo? —pregunté sin mirarle; ya con una simple mirada hacía que mi cuerpo ardiese. Vi cómo se levantaba y se acercaba a mí. Cuando le tuve justo delante, puse un dedo en su torso, duro como una piedra—. Para el carro, león. No des ni un paso más.

Cristian sonrió de medio lado, provocando en mí las llamaradas del infierno, y de no haber sido por el gran cabreo que tenía con él por pasar de mí durante toda la fiesta del bautizo de mi sobrino, en ese momento estaría mordiendo esos labios carnosos que tanto me provocaban, pero no, ni siquiera iba a dejar que me usara como un trapo sucio ¿Qué se creía? No estaba tan desesperada.

—¿Te pasa algo conmigo? —preguntó fingiendo preocupación, y yo me aparté para coger el delantal y, por fin, ponérmelo. Entonces sentí su cuerpo pegado al mío, pasó sus brazos por mi cintura y pegó mi espalda a su pecho—. ¿Por qué siempre evitas el contacto? No lo entiendo, si veo cómo se te eriza la piel cuando te toco. Siento tu agitación cuando estoy cerca de ti —susurró en mi oído y ya comencé a sentir cómo mis piernas flaqueaban.

Por un momento me había perdido en ese minuto, y me negaba a que hiciese conmigo lo que se le antojara. Creía firmemente que debía poner distancia entre ambos o iba a pasar muy mal. Me di la vuelta, y al hacerlo, sus labios quedaron muy cerca de los míos. No quería besarle, no deseaba besarle, pero me era imposible negarme.

«¿Por qué tiene que ser tan sexi el muy capullo?», pensé, babeando al mismo tiempo.

Cristian se sentía el rey del mambo en ese momento, pero sin creérmelo ni

yo misma y pensando las cosas fríamente, antes de que sus labios siquiera rozaran los míos, coloqué mi rodilla entre sus piernas y presioné. No lo suficientemente fuerte como para que le doliera, pero sí para advertirle de que ese no era el camino. Automáticamente arqueó hacia delante y se llevó las manos ahí, preocupado por sus «joyitas». Debo confesar que me gustaba verlo tan vulnerable, aunque no me lo imaginaba así, más bien, de otra manera... más gustosa.

—¿Pero te volviste loca?! —gritó como un niño al que acaban de quitar un caramelo, y en cierto modo así fue. Me reí y aproveché para ponerme a su altura.

—Eso solo ha sido una advertencia. Que sea la última vez que vienes e intentas besarme —dije muy cerca de él y le guiñé un ojo antes de salir del almacén.

Cuando salí me fui riendo como una autentica loca. De verdad que dejarlo asustado y temeroso había sido muy divertido. Me decidí a hacerlo más a menudo.

Me puse a limpiar las mesas y poner las sillas en sus lugares y minutos después, Cristian salió y me miró con cara de pocos amigos, le ignoré y seguí con mi tarea. Y cuando creía que se iba a ir sin decirme nada, me dejó helada al soltar:

—Venía a pedirte una cita, pero, como siempre, serás así conmigo. —Y con las mismas se fue.

—¿Me habré pasado? —Me pregunté a mí misma, pero negué al instante en que recordé cómo se sobaba en el bautizo con la maciza pelirroja.

Resoplé y fui hasta el interior de la barra para encender la radio. Un poco de música me vendría bien para olvidar al merluzo que tanto deseaba. ¿Algún día besaría sus labios? No lo creía, y menos si continuaba comportándose como un auténtico gilipollas.

La mañana pasó rápida y, como era lunes, había bastantes personas, algo que ayudó a que no pensara en el «guaperas gilipollas».

Dos horas después, y cuando por fin se habían ido la mayoría de los desayunadores de la empresa de abogados que teníamos justo al lado, pude sentarme para tomarme un mísero café, porque ni hambre tenía. En eso, llegaron Belén y Lara. Sonreí al verlas y después de saludarlas, me senté con ellas en una mesa de la terraza. Al fin un poco de descanso.

—¿Dónde está mi sobrino? —le pregunté a Lara.

—En la guardería. Te dije que ya mismo empiezo a trabajar y tenía que meterlo.

—¿Tan pronto? Pero si es muy pequeño todavía —repliqué ofuscada.

Nunca me han gustado las guarderías, pero si ella tenía que trabajar, ¿qué podía hacer con el pequeño Ángel? Ya me hubiera gustado a mí poder quedármelo, pero yo solo podría hacerlo por la tarde. Entonces mi cabeza empezó a divagar y se me metió algo entre ceja y ceja. Si es que a veces soy muy cabezona.

—Lara, ¿y si cambio mi turno en el bar y me quedo por las mañanas yo con el peque? —La pregunta le pilló de sorpresa, porque sus ojos se clavaron en los míos y arrugó la frente, como si no pudiera ver con claridad.

—No es mala idea —dijo Belén, que hasta ese momento no había abierto el pico, cosa rara en ella.

—No sé, Luisa... ¿Tu padre estará de acuerdo en cambiarte el turno? A lo mejor le fastidias la mañana —contestó Lara apenada. Yo negué para quitarle importancia y le sonreí.

—No te preocupes. Mi padre solo tiene que hablar con Melisa para decirle que, a partir de ahora, vendrá en el turno de mañana. La chica es trabajadora y no se va negar y si lo hace, la despido y contrato a otra. Será por parados en España. —Soltamos una carcajada y me levanté para ir hablar con mi padre.

Mi padre era un hombre serio y estricto, pero se podía hablar con él. Yo sabía que no se negaría, y menos si era para decirle que iba a cuidar a mi sobrinito y su nieto postizo.

Después de hablar con mi padre y convencerlo de que llamase a Melisa

para ofrecerle el turno de mañana, salí y me senté de nuevo con mis amigas. Las dos me miraban con cara de psicópata y no creo que fuese solo por el niño, así que levanté una ceja y las obligué a que me dijeran por qué cojones estaban mirándome así.

—¿Se puede saber por qué me miráis así? —Mi voz sonó un poco brusca y las dos estallan en carcajadas—. Lo que me faltaba, ahora os reís de mí.

—¿Le has intentado pegar un rodillazo en los huevos a Cristian? Eres la puta ama, Luisa. —exclamó Belén, casi ahogándose por la risa.

—Joder con la maruja. Ya fue contároselo a todo el mundo. Si así de cotorra es por un simple amago, no me quiero ni imaginar cuando consiga llevarme a la cama. Si es que lo consigue. —Eso último lo dije tan bajito que creí que no me escucharon, pero sí, me habían oído y dejaron de reír.

Pero antes de que comenzaran a darme la vara, me levanté y las dejé con la palabra en la boca. No me iba a poner en ese momento a explicarles mis motivos por los que aún no había dejado que Cristian ni siquiera me besase. Claro, que ellas no sabían lo que yo sentía cada vez que lo tenía cerca. Mi corazón brincaba como un loco y mi sexo se contraía con solo sentir su aliento cerca de mi cara.

Dios, cada vez estaba peor y necesitaba un polvo con urgencia. Tendría que salir de marcha y buscarme un maromo que me llevase a la luna sin necesidad de saber siquiera su nombre. Vamos, lo que viene siendo un polvo de *si te he visto, no me acuerdo*. Prefería eso mil veces, a abrirle las piernas a un tipo al que voy a ver todos los días y que, seguro, después de hacerlo, pasaría de mi culo como hacía con todas. No, me negaba a ser la siguiente en la lista de sus conquistas.

Capítulo 2

Llevaba en el baño metida diez minutos y ya tenía que salir, por lo menos antes de que las locas de mis amigas vinieran a sacarme de los pelos. Me sentía igual que una niña pequeña a la que hubiesen arrancado de la boca el nombre del compañero de clase que le gustaba. Lara y Belén no iban a entender eso que sentía, porque no quería sentirlo. Sinceramente no sabía si era amor o no. Estaba aturdida con tantas cosas que nos habían pasado.

En ese momento lo que quería era centrarme en cuidar a mi sobrino y preparar con Belén su boda con Martín, aunque, esa vez, sin despedida de solteros por medio y así evitar joderlo todo.

—Que tonta eres, Luisita —me dije mirándome en el espejo del baño. Me eché agua en la cara y abrí la puerta para salir.

Al hacerlo, en el pasillo de los lavabos estaban Lara y Belén esperándome con cara de «habla de una maldita vez o verás la que te vamos a dar». Sí, así de brutas pueden ser las dos. Pero yo no estaba por la labor, así que volví a dejarlas con la palabra en la boca y me metí en el interior de la barra para seguir con mi trabajo. Técnicamente yo seguía en mi tiempo de descanso, pero preferí mantener la mente ocupada, así que me puse a trabajar.

—¿En serio no nos vas a decir ni una palabra? —preguntó Lara, sentándose en uno de los taburetes. Yo negué mientras fregaba los vasos, sin mirarlas a la cara.

—Está bien. No te preguntaremos nada, pero, por favor, Luisa, tómate tu

descanso —pidió Belén preocupada. Yo levanté la mirada y ahí estaban las dos, mirándome con cara de perro abandonado.

¿Sería que podían entender mi silencio? Las adoraba y hubiese dado mi vida por ellas, pero a veces sentía que necesitaba un gran espacio, algo para poder pensar yo sola con claridad, un *KitKat*, como suelen decir, algo para poder mirar mi vida, mirar hacia atrás y hacía delante y darme cuenta de que Cristian no era para mí, aunque no creía que fuese para ninguna mujer. Ninguna mujer con dos dedos de frente se dejaría embaucar por un «guaperas» solo para follar. Las había más inteligentes que la pechugona que estaba en la fiesta del bautizo de mi sobrino. En fin, hay de todo en la viña del Señor, como decía mi abuela.

—Está bien, pero dejad de mirarme así, por favor —dije al mismo tiempo en que salgo de la barra, y ambas se acercaron a mí para abrazarme.

—Vale, no quieres hablar. Lo entendemos, bueno no lo entendemos, pero lo respetamos, ¿verdad, Lara? —preguntó Belén intentando hacer que Lara olvidase el tema, cosa resultaría muy difícil. Mi amiga no es de las que olvidan un tema importante, aunque solo lo sea para ella.

Sonrió y asintió falsamente. Cómo la conocía.... Salimos de nuevo a la terraza y ahí nos pusimos a parlotear de todo tipo de temas. Lara seguía esperando a que yo soltara, por fin, lo que ella quería escuchar, pero no, no se lo iba a poner así de fácil, así que me dispuse a hablar de la boda de Belén.

Al final, después de tanto rato hablando, el tiempo se nos fue y no me di cuenta. Tampoco mi padre me avisó. Y es que cuando estaba con ellas, se me pasaban las horas volando. Lara y Belén decidieron irse y quedé con Lara para que me dejase al niño en mi apartamento por la mañana. Me iba a resultar muy raro tener un bebé en casa, pero tenía ganas de pasar el tiempo con ese Ángel que nos había robado el corazón a todos. Creo que el niño era más de todos nosotros que de sus propios padres.

Una semana después...

La semana que llevaba cuidando del hijo de Lara fue muy intensa para mí, jamás en mi vida había pasado tanto tiempo con un bebé de menos de un año y tengo que decir que no se me da nada mal.

Me encontraba en mi habitación, vistiéndome sexi, porque Belén y Martín habían estado preparando una cena de compromiso que a mi amiga le hacía mucha ilusión. Y a mí más, ya que en esa cena iba a ver a Joseph y Roberto, el hermano de Belén y, la verdad, los dos estaban muy buenos. A Roberto no lo conocía en persona, pero sí lo había visto en fotos, y no podía negar lo que era más que evidente. Pero bueno, mi intención era ver a Joseph y, con suerte... Bueno, que quería verlo, para qué dar más datos.

—¡Luisa, ¿estás lista ya?! —gritó Belén desde el salón.

Estábamos esperando a que Martín viniese a recogernos, pero primero había ido a recoger a Joseph y a su cuñado. Los dejaría en casa de Lara y Rubén, que era más grande y tenía un gran jardín, y después vendría a por nosotras.

—¡Sí, ya salgo, pesada! —grité, y abrió la puerta con cara de loca.

—No grites, joder.

—¡Coño! Que me has asustado —dije poniéndome la mano en el pecho a la altura del corazón.

Ambas nos reímos a carcajadas y me besó en la mejilla. Me echó una mirada de arriba abajo.

—¿Qué me miras tanto? —pregunté, agachándome para ponerme los tacones de metro y medio que había comprado en las rebajas para ocasiones especiales como esa.

—Pues que estás cañón.

—Y tú estás como un cencerro. —Cogí el bolso y ya estaba lista para esperar al bombón de... Mmmm, ¿cómo se llamaba...? Ah, sí, Joseph.

Salimos de mi habitación y, por consiguiente, después nos disponemos a salir hacia la calle. Martín le había mandado un mensaje a Belén diciéndole

que ya estaban abajo. Ella lo leyó delante de mí y casi me dio algo al escuchar «estaban».

—No me jodas, Belén. ¿Están los tres abajo? —pregunté, nerviosita perdida, pues ver a esos dos hombres tan de cerca, y encima tener que sentarse en el coche con ellos, pondría cardiaca a cualquiera—. Yo me voy en mi coche, ¿vale?

—No digas tonterías, Luisa. ¿Qué pasa? ¿Acaso te ponen nerviosa? Déjame decirte que ahí abajo tienes dos dioses griegos para que elijas y te olvides de Cris...

—Calla, ni me lo nombres que ese es como el diablo, lo nombras y aparece. —Belén hizo un gesto militar y salimos del ascensor.

Estaba muy nerviosa y lo noté en mis piernas, que flaqueaban. Al salir, Belén corrió hasta alcanzar a un hombre alto, de pelo claro, que iba vestido con un pantalón vaquero y una camisa blanca. Deduje que era su hermano, ya que, a Joseph, sí que lo conocía. Caminé despacio, haciéndome la interesante y pasé justo por su lado. Joseph me cogió del brazo y me hice la sorprendida, fingiendo no haberle visto.

— ¡Hola! Luisa, ¿verdad? —dijo con voz amable.

«No se acuerda ni de mi nombre, pues mal empezamos», pensé mientras le sonreía simpática. Otra cosa no, pero a mí a simpática y a falsa, no me gana nadie. O sea, que puedo ser ambas cosas a la vez.

Belén se separó de su hermano y por fin me dejó verlo de cerca. Y joder... Joder. Su hermano estaba muy... «Luisa, como no pares, te dará un colapso aquí mismo», me reprendí por tener la mente tan calenturienta. Pero no se trataba de estar más salida que el pico de una mesa, sino, el tiempo que llevaba sin tener sexo. Eso, déjame decirte, es algo que no soporto.

Podría tranquilamente abrirme de piernas para Cristian, pero nunca lo haría. Me gustaba más de la cuenta y hacerlo, sería mi perdición.

—Luisa, te presento a mi hermano. Roberto, ella es mi mejor amiga y compañera de piso, Luisa. —Nos presentó y se acercó a mí para darme dos

besos. Entonces, en ese transcurso de tiempo, Belén se acercó a Joseph y lo saludó con un beso en la mejilla, que, a Martín no le hizo mucha gracia.

Aunque estaba frente a un tío brutal, no podía dejar de mirar a Joseph. Ese hombre para mí era de esos con los que cometería una locura una y otra y otra vez, pero sin llegar a tener nada serio.

Nos montamos en el coche y me senté en medio de ambos, mis pulsaciones estaban a un ritmo alocado y mi mente solo pensaba en lo que sería tener a estos dos hombretones para mí solita, haciendo mil y una locuras con mi cuerpo. Tuve que abanicarme con la mano por el calor que me estaba entrando. Belén me miró por el espejo y sonrió al verme, y a mí me entraron ganas de patearle el culo.

Llegamos, por fin, a casa de Lara y cuando aparcamos y salimos del coche ya volví a respirar con normalidad. Caminé decidida hasta la anfitriona para así poder evitar a esos hombres, poder expulsar de mi mente esos pensamientos y con ellos el calentón que llevaba, pero poco duró mi tranquilidad cuando vi a Cristian a escasos centímetros de mí; y sin que me diese cuenta, cogió mi mano y tiró hacia sí. Caminamos deprisa, y menos mal que nadie se percató, o eso esperaba. Estaba harta de ese hombre y no quería que consiguiera más de lo que ya le daba, o sea, nada.

—¿Quieres parar?! —grité soltándome de su fuerte agarre, y le di un tortazo que le dobló la cara hacia la derecha.

—¿Se puede saber qué haces? Solo quiero hablar contigo, Luisa. — Hablaba conteniendo su cabreo, aunque me daba igual lo cabreado que llegara a estar. Yo lo estaba más.

—¡No! ¿Qué coño haces tú? ¡¿Qué quieres, Cristian?! —pregunté a pleno pulmón. Estaba tan cabreada que a la mínima que se acercara le diría todo lo que pensaba sobre él.

Se dio la vuelta y volvió a mirarme, sus ojos reflejaban... ¿qué reflejaban? Ni siquiera pude descifrar lo que quería decirme o lo que quería de mí. Cristian era tan, tan... No sabía qué decir de él y me estaba volviendo loca,

porque, como yo era una blanda, el tonto había llegado a mi corazón.

Como no recibí la respuesta que quería oír, me di la vuelta y caminé hasta el jardín delantero para disfrutar de la fiesta, o, por lo menos, intentarlo. Cristian no me retuvo y lo agradecí, era mejor para ambos mantener las distancias.

Cuando llegué a donde Belén y Lara estaban, me miraron sonriendo maliciosamente... Ya me estaba cansando de las amigas que tenía y quería irme a mi casa. Estaba hasta el moño. Me senté con ellas y vi que los hombres se encontraban sentados enfrente, bebiendo cerveza y hablando cosas sin sentido, vaya, lo que se dice una conversación «de hombres».

—¿Dónde andabas? —preguntó Lara con retintín.

—Dando un paseo —respondí secamente.

—Sí, ya, ¡dando un paseo con Cristian! —exclamó Belén, y la miré mal.

—No empecéis, por favor... Esta noche quiero olvidarme de todo y si no lográis hacerlo, lo haré yo bebiéndome todo el alcohol que tengas en el mueble bar, ¿estamos? —afirmé mirando a Lara, y esta asintió reprimiendo la gran carcajada del siglo, pero dio lo mismo porque la soltó de igual forma.

No las aguantaba cuando se ponían en plan marujas o cupido. Los hombres levantaron la vista en nuestra dirección, y Cristian, Roberto y Joseph me miraron a mí. ¿Qué cojones? ¿Los tres para mí? Venga, ¿con quién empezaba? Eso era surrealista. Me levanté bajo sus atentas miradas y sentí cómo mi cuerpo se acaloraba. ¡Joder, joder! Caminé hasta la nevera que tenía Lara en el jardín, cogí una cerveza, y justo en el momento en que me la iba a beber de un trago, Joseph se acercó a mí, sigiloso, y me la quitó de las manos. Lo miré con el ceño fruncido. Otro que se creía que podía hacer lo que quisiera. Pero ¿de qué iban los tíos?

—¿Qué haces? Devuélveme mi cerveza, por favor —pedí con respeto, pero ese no me conocía, yo cuando pierdo los papeles lo hago de golpe.

—No creo que debas beberte la cerveza de una sola vez... Hay que saborearla —dijo bebiendo un trago de la que era mi cerveza. Hala, a coger

otra, mona.

Me quedé con la mirada perdida en esa pequeña e insignificante gota que ha caído por su incipiente barba, y casi babeé. Me mordí el labio inferior por instinto y Joseph, con sus dedos, hizo que dejase de hacerlo.

—Te harás daño. —Su voz resonó en mi cabeza y fue como un murmullo, porque yo en este momento no estaba en este planeta—. Luisa, ¿me oyes?

—Eh, sí, claro, ¿qué decías?

—Que te harás daño si sigues mordiéndote el labio así de fuerte.

Estaba tan alelada que lo único que podía hacer era coger una nueva cerveza y sentarme de nuevo con mis amigas que, cómo no, estaban viendo toda la jugada. Y, Dios, era la primera vez en mi vida que había sentido vergüenza. Yo, vergüenza... ¿Estaba loca?

En toda la fiesta no me acerqué a ningún «macho calentador de mujeres necesitadas» por miedo a que me hiciera perder la poca cordura que me quedaba. Eso sí, no me quitaron el ojo de encima. Parecía que tuviera que elegir con cuál me quedaba, aunque ya tenía descartado a uno: Cristian estaba completamente fuera de mi plan, y así sería siempre.

Capítulo 3

Cuando, por fin, Roberto dio su bendición a Martín para poder casarse con Belén —cosa que iba a hacer sí o sí—, me levanté y me fui a por otra cerveza. No sé cuántas llevaba, pero me costaba caminar con normalidad y estaba a punto de quitarme los zapatones que llevaba.

Llegué a la nevera, saqué otra cerveza y la abrí. Todo lo hacía a cámara lenta. Me di la vuelta y, al hacerlo, tenía a Cristian pegado a mi cuerpo. ¿Qué quería ese ahora?

Nos miramos, solo eso y no dijimos nada, no hacía falta, por lo menos por mi parte. Estaba siendo un momento «mágico» hasta que el muy cazurro quiso besarme, pese a que le había dicho la última vez que no lo hiciera. Entonces, cumplí con la amenaza de la semana anterior en el bar, y descargué mi rodilla en dirección a su entrepierna, con tal buena fortuna para él, que la esquivó. Eso sí, su cara de susto al ver que había cumplido con mi palabra era un poema.

—¡Te dije que no volvieras a intentar besarme! ¿Qué es lo que no has entendido de eso? —pregunté, y no respondió. ¿Cómo hacerlo? Si lo dejé sin respiración...—. No vuelvas a hacerlo, Cristian, o la próxima vez no voy a fallar. —Terminé de amenazarle y me encaminé hasta mis amigas para volver a sentarme.

Lara y Belén me miraron y yo seguí tan tranquila bebiéndome mi cerveza. ¿Para qué iba a decirles nada? Cualquier cosa que mi boca pronunciase se

usaría en mi contra y volverían a la carga.

—No me miréis más, ¿vale?

—Otra vez lo dejaste mudo —dijo Belén.

—Pobre hombre. A este paso, si consigues vengarte, no será padre nunca —respondió Lara y comenzaron a hablar entre ellas.

Resoplé, suspiré, ya me tenían más que harta. Me hacían sentir mal y estaba a punto de pedir perdón a Cristian, y digo a punto porque soy muy orgullosa y mi orgullo me ayudaba mucho en momentos como ese. Seguí bebiendo y ellas despotricando sobre mí en mi cara. Yo no quería hacerles caso, pero tras diez minutos con lo mismo, al final acabé por mandar a mi orgullo a la misma mierda.

—¡Vale, joder! —Me levanté.

—¿Dónde vas? —preguntó Belén, extrañada.

—A pedir perdón al gilipollas. —Se callaron de golpe y seguí mi camino.

Caminé decidida, aunque sin muchas ganas de bajarme las bragas ante el estúpido de Cristian. Joder, es que ni orgullo podía tener. Los chicos estaban todos juntos, bebiendo y diciendo cosas sin sentido como «esta noche le voy a hacer de todo» o «esta chica está muy buena, pero vaya carácter de amargada tiene». Cómo no, esto último lo dijo él y no había que ser un lince para saber que habla de mí, así que, como yo era tan amargada, me acerqué a él, y ni corta ni perezosa le hice un comentario acerca de que había oído rumores sobre su micropene y su nula capacidad para usarlo. Lo dije divertida pero confiada. Parecía que mi comentario le había afectado en lo más profundo de su orgullo de machito. Me estaba gustando eso de dejarlo boquiabierto. Le sonreí con malicia y aproveché para hacerle una peineta en toda su cara. Juré por Dios que ese tío no me iba a dejar más en ridículo porque a mí no me daba la gana.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa? —susurró bajito, ya que había vuelto a quedarse sin aliento.

—Lo siento... Es que estoy buena, pero soy una amargada. —Abrió los

ojos sorprendido y lleno de miedo.

Por la manera en la que me miró parecía que yo fuese el mismo diablo. ¡Joder! ¿Es que no podía mirarme de otra forma? A lo mejor tenía razón y era una amargada, pero ¿qué le hacía? Era así y no me iba cambiar el primer chulo de playa que se cruzara en mi camino.

—¿Estabas escuchando?

—Largo y tendido. —Suspiré, agotada, y le ayudé a levantarse.

Mi mirada siguió clavada en la suya y ya no supe descifrar lo que él pensaba, porque su expresión había cambiado a otra muy distinta y ahora la que tenía miedo era yo. Me di la vuelta sin decir nada más y Cristian vino tras de mí, como si yo le hubiera pedido a gritos que no me dejara sola, y en cierto modo así era, no quería quedarme sola en este mundo, pero mi carácter de mierda acababa echando a todos de mi lado, incluso a mi hermana. ¡Dios! ¿Por qué pensaba en ese momento en ella? Mis ganas de llorar se hicieron visibles y ya no pude retener más las lágrimas. Cristian me agarró del brazo y me hizo voltearme, dejándome completamente hundida ante él.

Nunca había dejado que ningún tío que quisiera acostarse conmigo me viese de esa manera, pero en ese momento solo necesitaba que alguien me abrazase y me dijera que todo estaba bien. Y como si me hubiera escuchado, me acercó a él, a su pecho duro como una piedra, ese que me hacía suspirar cuando lo veía con las camisas ceñidas al cuerpo, y me apretó en un fuerte abrazo. Me rodeó la cintura con sus brazos, y entonces sí, ahí me sentía en casa. ¿Será que estaba enamorada de este gilipollas? Pues claro que lo estaba, pero él no era para mí. Cristian no quería amor en su vida, solo sexo sin compromiso, y yo... Yo lo quería a él.

—¿Mejor? —me preguntó al oído, y sentí su cálido aliento chocar en mi cuello, haciéndome estremecer. Asentí casi por instinto y me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

—Gracias —susurré apenada por haber sido tan dura con él, aunque todas las veces se lo merecía.

—No tienes por qué y te pido perdón por lo que he dicho de ti, realmente no lo pienso —se disculpó sorprendiéndome.

—¿No piensas que estoy buena? —pregunté sonriendo de lado, y soltó una carcajada.

Ni siquiera nos dimos cuenta, pero aún me tenía entre sus brazos, con nuestros cuerpos muy pegados el uno del otro.

—Eso sí. Lo que no pienso es que tengas un carácter de amargada —explicó nervioso—. Ahí me pasé... Lo siento.

Entonces antes de responderle, escuchamos un carraspeo y, como si nos hubieran pillado haciendo algo malo, nos separamos, y por primera vez en mi vida me sonrojé notablemente, aunque Cristian no se quedaba atrás, pues su cara parecía una amapola. Miramos a la persona que nos había interrumpido y ese fue Joseph. Fruncí el ceño al verlo acercarse a nosotros y a Cristian se le cambió la cara y se alejó de mí como si el tenerme cerca le asqueara, cosa que hizo que mi corazón se desquebrajase un poquito más, pero no dejé que se me notara y puse toda mi atención al moreno de ojos verdes que me miraba fijamente. Tragué saliva, nerviosa al tener a Joseph mucho más cerca de lo normal, y su perfume se coló en mis fosas nasales, llenando todos mis sentidos y haciendo que mi cuerpo anhelase su olor.

—¿Estás bien? —preguntó cogiendo mi mano y llevándosela a los labios para depositar un pequeño beso que me dejó sin aliento.

—Sss... Sí —respondí como una autentica lela.

Joseph sonrió y ahí sí me mató del todo. Ya no sabía qué más podía hacer ese hombre para hipnotizarme por completo ¿Cómo lo hacía? Parecía increíble pero solo su presencia conseguía que Cristian desapareciese de mi mente por completo, dejándole el hueco a él ¿Podría hacerlo también en mi corazón? Eso era mucho más complicado.

—¿Quieres tomar una copa conmigo? —Su voz sonó algo gruesa, como si pronunciar esas palabras le costara. Y el mero hecho de tenerle igual de nervioso que yo, me excitaba.

—Claro, ¿dónde?

—En tu casa —respondió, y mis piernas se convirtieron en flan y ya no me sostenían. Mis ojos se abrieron tanto que empezaron a escocerme, y mi sexo se mojó al instante de oírle decir eso y por cómo lo dijo... Dios, tendría un orgasmo con solo oírle hablar así. Pero antes de siquiera volver a responderle, la maldita conciencia se cruzó en mi camino. Parecía que tuviese un ángel y un demonio a mí lado, uno en cada hombro.

«¿En serio te vas a acostar con él después de que te mueres por que Cristian se meta dentro de ti? No tienes remedio». El ángel podía tener razón.

«Fóllatelo. Total ¿Qué puede pasar? Estás necesitada y él a tiro. ¿Qué más quieres? Encima está muy bueno». El demonio lo tenía muy claro.

Pero ¿y yo? ¿Lo tenía claro? Uf..., en mi vida me había visto en una situación como esa. No digo que no me hubieran propuesto ir a mi casa para echar un polvo, eso sí que lo he hecho, pero no en esos momentos de mi vida en los que mi corazón mandaba y no quería acostarse con otro que no fuera el gilipollas de mi rubio. ¿Por qué la vida era tan perra conmigo? ¿Qué había hecho yo?

Entonces haciéndole caso a mi ángel, y no al demonio sexual, miré a Joseph con cara de «no te lo crees ni tú, chato», y le dije con todo el dolor de mi alma y lo que no es mi alma:

—Lo siento, pero estoy cansada y no tengo el horno para bollos. —Así, sin más.

Menos mal que el hombre era muy simpático y se lo tomó a broma porque soltó la mayor carcajada escuchada en la historia. Creo que hasta en Barcelona lo oyeron.

—Me alegra que te haga gracia. Buenas noches, Joseph —me despedí y fui a darle un beso en la mejilla, pero él, que era tan picarón, volteó la cara y mi beso llegó a sus labios. Y para qué contar.

Después de probar esos labios carnosos, cosa que ya me hacía falta porque ya no me acordaba de la última vez que me besaron, caminé hasta mis chicas

y me despedí de ellas. Belén no quería que me fuese y Lara, que sabía el motivo, no me insistió, así que me fui sin despedirme de nadie más.

Cuando estaba llegando a la verja de la casa, escuché que me llamaban, me di la vuelta y vi a Cristian correr hasta mí. Se acercó y agarró mi cintura para pegarme a él. Su corazón latía tan fuerte que el mío lo reconoció y comenzó a latir igual o más desbocado.

—Deja que te lleve, por favor —propuso con sus labios muy cerca de los míos y, cuando creía que me iba a besar, se separó y se alejó un poco de mi cuerpo, dejándome de nuevo incompleta.

—No hace falta. No quiero fastidiarte, te lo estabas pasando bien.

—Porque sabía que estabas tú, pero ahora que te vas, ya no quiero estar aquí.

Mi corazón se sobresaltó y casi entré en paro cardiaco, pero me obligué a pensar que solo me lo estaba diciendo como amigo, y que lo único que hacía era ser educado. Negué sonriendo y él me devolvió la sonrisa. Tenía la sonrisa más perfecta que había visto en mi vida, pero jamás sabría lo que pensaba y mucho menos lo que sentía.

—No seas terca y deja que te lleve a tu casa. Ya sé que has venido con Martín y no trajiste tu coche, y a esta hora no hay ningún taxi cerca...

—Vale, vale... Cállate de una vez y ve a por tu coche —respondí sin dejarle terminar, y volvió a sonreír.

Me quedé embobada mirándolo y se fue hasta el aparcamiento para coger su coche y poder irnos. Suspiré, conté hasta diez, hasta veinte y no me calmaba. No supe hasta cuánto conté y me sentí la mujer más tonta y débil del planeta.

«Luisa, Luisa, ¿qué estás haciendo? Aléjate de él o sufrirás como una estúpida», me dije a mí misma. Lo vi acercarse en su BMW rojo.

Se puso justo delante de mí, se bajó y vino a abrirme la puerta como todo un caballero, cosa que me dejó sorprendida, pues no conocía esta faceta de Cristian. Aunque, ¿cómo iba a conocerla? Nunca había dejado que se

acercase a mí. Me senté y me cerró la puerta, para luego entrar él. Me miró, le miré, nos miramos y tosí un poco para romper el momento. Era eso o tirarme encima de él y morder sus labios. Él entendió mi señal y arrancó, salimos del terreno de nuestros amigos y se incorporó a la carretera principal para llevarme a mi apartamento.

Estaba más nerviosa que mi primera vez en el ginecólogo, o incluso que la primera vez que tuve sexo y mira que esos momentos fueron los más terribles que he pasado en toda mi vida, pero no, esa noche lo estaba aún más. También podían ser las ganas que tenía de que Cristian me arrancase la ropa con los dientes y me hiciera... Calla, Luisa, que te pierdes.

No podía dejar que se diese cuenta de lo que provocaba en mí y mucho menos que supiera que estaba enamorada como una tonta, porque eso sería mi perdición, sabiendo eso sí que ese hombre conseguiría de mí lo que quisiera, y la fachada de tía dura a la que todo le da igual se me iba a caer; en su defecto dejaría ver a la Luisa enamoradiza, la princesita que espera por su príncipe, ese príncipe que, sabía que no era él... A quién quería engañar, los príncipes azules no existían y este no iba a ser la excepción.

Capítulo 4

En el coche lo único que se escuchaba eran nuestros suspiros. En alguna ocasión nos miramos de reojo y mis mejillas ardieron, cosa que tapé con mis manos para no dejar que lo viese. Jamás me había sentido así estando a solas con Cristian, siempre había llevado el control, pero en ese momento me sentía perdida y no podía pensar con claridad. Solo con oler su perfume, con el roce de sus dedos en mi rodilla izquierda al cambiar de marcha, las miradas furtivas... Con todo eso me sentía abrumada y en cualquier momento mi mente se nublaría y haría una locura.

De pronto y sin darme ni cuenta de que la había encendido, la radio comenzó a sonar provocándome un repullo.

—Joder, no me lo esperaba —susurré bajito, pero él, que parecía estar atento a todo lo que yo decía y hacía, se rio y me miró, aunque esta vez fijamente.

—Lo siento, no pretendía hacerlo ¿En qué pensabas? Llevas mucho rato callada —preguntó y me encogí de hombros intentando quitarle importancia al asunto y que no volviese a preguntarme.

Cristian continuó mirándome, esperando la respuesta a su pregunta. Parecía que ese hombre no era de los que se quedan tranquilos con la negativa y quería respuesta sí o sí. Perdí mi vista en la carretera, y, al final, tuvo que conformarse con eso y nada más.

Nunca el camino hasta mi casa se me había hecho tan largo como esa vez,

parecía que esa noche Madrid no quería dormir y todo el mundo había salido a la calle. Todavía quedaban al menos diez minutos para llegar a mi apartamento y yo no dejaba de pensar en él, en lo que podía pasar y en lo que él pensaba. De pronto se paró en el semáforo, al mismo tiempo en que una canción de James Arthur sonó a través de los altavoces, provocando que nuestros ojos se encontraran. Me di cuenta de que no era la radio, sino, su música, lo que a él le gustaba y darme cuenta de que nos gustaba al menos la misma, hizo que las mariposas que dormían desde hace tiempo en mi estomago, volvieran a despertar revolucionadas. La canción que comenzó a sonar me tocó el corazón, pues aunque era una nueva de este cantante, se había convertido en mi favorita, *Say You Won't Let Go*.

No sabía cuánto tiempo había pasado, ni siquiera me di cuenta si la canción ya había terminado o no, solo nos mirábamos en silencio, aunque la letra de esta canción se estuviera convirtiendo en lo que sentíamos, o lo que nos prometíamos. No lo sabía, pero algo era y por un momento quise creer que así sería, pero no, no debía hacerme ilusiones, y como si estuvieran salvándome de caer en sus brazos como una quinceañera, los cláxones de atrás comenzaron a sonar avisándonos de que el semáforo ya estaba en verde y haciendo que la burbuja que habíamos creado en apenas unos segundos estallara en nuestra cara, devolviéndonos a la cruda realidad de nuestra relación.

—Eh, lo siento —se disculpó en apenas un susurro y arrancó como si no hubiera pasado nada entre nosotros y aunque me dolía que así fuera, prefería eso a sufrir por amor.

El camino antes de la canción había sido largo, pero tras ella, por obra del destino llegamos a mi casa en ¿tres o cuatro minutos? ¿De verdad? Era la leche. Cristian aparcó frente a mi edificio y no, esa vez no se bajó del coche para abrirme la puerta, y el gilipollas volvió a aparecer en todo su esplendor dándome la mayor bofetada sin manos de la historia.

—Buenas noches, Luisa —dijo sin más, sin mirarme si quiera, y estuve por

darle un puñetazo porque una patada en los huevos no podía.

—Buenas noches, ¡gilipollas! —grité saliendo del coche y cerrando la puerta de un portazo y creo que me dolió más a mí que a él, que era su máspreciado BMW.

Caminé pisando tan fuerte que uno de los tacones se me rompió y me quedé coja. Miré atrás para comprobar si Cristian seguía ahí, esperando a que entrara, pero para mi desgracia no, el muy capullo ya se había ido, había salido a toda leche, como si le hubiera contando que estaba embarazada de él o algo parecido. Desde luego que, si en algún momento había pensado que el rubito de ojos azules iba a cambiar, estaba muy equivocada y, gracias a Dios, había abierto los ojos de una maldita vez. No quería ver al «guaperas» nunca más en mi vida.

Ya en casa y con el pijama puesto, me senté en el sofá, cómo no, con una botella de ron en la mesa, lista para bebérmela entera yo solita y coger la segunda mayor borrachera de la historia. Con lágrimas en los ojos, esas que me negaba a derramar y que, aun prometiendo que jamás derramaría, solté como si toda mi familia se hubiera muerto. Sí, puede que sea demasiado brusca a la hora de expresarme, pero es que dolía, tanto como si arrancaran mi corazón y se lo echaran a comer a los leones.

—Tonta, tonta y más... Bueno no, tonta no. Soy gilipollas, una muy grande, incluso más que el capullo de, de... No quiero ni pronunciar tu nombre —sollozaba cogiendo la botella y bebiendo el primer sorbo, que quemó toda mi garganta, pero no importaba—. ¡Gilipollas! ¿Por qué tengo que pensar en ti? ¿Por qué me enamoré de ti?

Y justo al hacerme esa pregunta, entró Belén junto a Martín, y ambos me miraron como si estuviera loca, aunque cómo no pensar eso de mí, si me vieron en pijama, con los ojos hinchados de tanto llorar, el pelo enmarañado como si no me hubiera peinado en un mes y gritando como una posesa. Eso era, como poco, preocupante. Belén se acercó a mí a toda prisa y, sin decirme nada, se agachó a mi altura y me abrazó para consolarme, o al menos, para

intentarlo, porque no creía que el gran dolor que estaba sintiendo en mi pecho, se curara con facilidad. Podía parecer que estuviera exagerando, pero no, no era así. Ya sufrí una vez por amor, tanto, que nunca conseguía ver la luz al final del túnel oscuro en donde me había metido antes de conocer a Belén y por eso, siempre tuve miedo a enamorarme, aunque siempre creí en los príncipes azules, en los hombres buenos, en que algún día me volvería a enamorar y, ese día, iba a ser la mujer más feliz del mundo porque esa persona me iba a amar tanto como yo a él... Pero no, otra vez me equivocaba y otra vez, sin darme cuenta, me había enamorado y ahí estaba, sufriendo como una autentica estúpida y sin saber si esa vez el túnel abriría sus puertas para dejarme salir o me dejaría ahí metida por toda la vida.

Ya había amanecido. No había dormido nada, y Belén tampoco. Bueno, Belén y Lara, porque mi otra amiga vino también a estar conmigo, ya que Martín se había encargado de llamarla y en menos de una hora la tenía en mi casa.

Por la noche no dije nada y ellas no me preguntaron tampoco, respetaron mi silencio, mi mirada perdida y las ganas que tenía de emborracharme aún, y claro, si a una botella de ron le añades tres amigas y una de ellas despechada, el resultado es una borrachera segura, como sucedió. Bueno, solo Belén y yo bebimos, porque Lara con el embarazo no podía. Hablamos de muchas cosas, pero no de las realmente importantes, pero esa mañana sí debía darles una explicación, se la merecían por ser las mejores amigas que podía tener, mis hermanas.

Me levanté con dolor de cabeza, pero no dolía tanto como el que tenía en mi interior. No creía que un café con un analgésico me lo fuese a curar, pero aun así, me iba a venir bien —mi cabeza lo agradecería—, así que me dirigí a la cocina con la intención de prepararles el desayuno a mis chicas y cuál fue mi sorpresa cuando vi que ellas ya me lo tenían preparado.

—Buenos días, *chocho* —me saludó Lara, dejando ver su espectacular carácter andaluz pues, según ella, era lo único que tenía.

— ¿Cómo está la mujer más guapa de este apartamento? —Me preguntó Belén y me reí al escucharlas.

Me acerqué a ellas y las abracé fuerte, las quería mucho y no me veía sin ellas en el futuro, así que, el día que me casase, si es que ese día llegaba, el hombre que estuviera conmigo tendría que quererlas a ellas también, de no ser así, no me tendría a mí. Y al pensar en una futura boda, me emocioné y los ojos azules de Cristian se colaron en mi mente.

—Eh, Luisa, ¿qué te pasa? Nos tienes preocupadas, cariño —susurró Belén en mi oído al escucharme sorberme la nariz.

Me separé de ellas y me senté en el sofá de las lamentaciones. Siempre que teníamos algo que hablar, nos poníamos en ese sofá tan feo que compramos Belén y yo en una tienda de segunda mano cuando nos mudamos, y cuando nos compramos el nuevo, nos dio pena tirarlo y lo dejamos para los lamentos. Ese era uno de esos momentos. Yo en medio de las dos y cada una agarrando mis manos, así me encontraba.

Belén y Lara me miraban preocupadas y yo no podía pronunciar palabra y lo único que podía hacer era llorar como una niña pequeña y absurda, porque eso era, una niña tonta que lloraba por alguien que ni siquiera me había dado esperanzas, que ni siquiera sabía lo que yo sentía por él, que lo único que quería de mí era meterse entre mis piernas.

—Luisa, por favor. Habla de una vez. —La voz de Lara sonó tan preocupada que tuve que mirarla para comprobar que no estuviera llorando.

—Lo siento, de verdad que no quiero que estéis así por mi culpa, pero es que no me encuentro con ánimo de contaros nada. Me siento estúpida. — Sentía cómo mi voz se quebraba con cada palabra.

—Yo si sé lo que te pasa y déjame decirte que no es lo que piensas —dijo Lara sorprendiéndome y cabreándome a la vez.

— ¿Cómo que no es lo que pienso? —pregunté incrédula—. ¿Acaso tú

sabes lo que siento? Ah, claro, ya sé. Tú lo defiendes porque es tu amigo del alma...

—No es justo, Luisa —me interrumpió Belén y ya creí que las dos estaban en mi contra—. Nosotras solo queremos ayudarte y no creo que estar así —dijo señalándome—, sea la mejor manera. Ningún tío merece tus lágrimas ¡Joder! Ya sabemos cómo es Cristian y siempre te ha dejado claro que lo único que quiere de ti es echarte un polvo, así que no entiendo que estés así.

La miré completamente perpleja y no me quise creer lo que mi amiga me acababa de decir y, aunque me jodía escucharla, tenía razón. Agaché la cabeza avergonzada y me sequé las lágrimas, cabreada, pero no con ellas, sino conmigo misma, por haber sido tan estúpida y dejar que un hombre como él entrara en mi corazón e hiciera lo que le viniese en gana. Lo peor de todo era que lo hizo sin ni siquiera darse cuenta.

—Perdonadme, por favor —me disculpé ahogada en lágrimas—. Soy una tonta y sí, tienes razón —dije mirando a Belén—, pero me enamoré de él, incluso cuando comencé a odiarle, aunque creo que jamás lo odié y solo fue lo que yo me dije para no dejarle entrar en mi corazón... Sabéis, me gustaba que viniera todos los días a buscarme, que me pidiera citas a escondidas y que en todas ellas me pidiera ir a su casa y tenerle ahí, día tras día, fue lo que hizo que me enamorase de él. —Declaré todo lo que había vivido con él, mientras me levanté del sofá y caminé hasta la cocina para coger esa taza de café que tanta falta me hacía.

Mis amigas vinieron tras de mí y me rodearon entre sus brazos y entonces sí que me ayudó a calmarme, porque esa vez me dejé hacer. Tenía que dejar de pensar en él, tenía que dejar de verle o, al menos, tenía que dejar de percibirlo como hombre y comenzar a hacerlo como amigo. Era la única solución, volvería a poner la gran muralla en mi corazón y ningún otro tío volvería a romperla.

Capítulo 5

Dejando de pensar en mi pésima vida amorosa y volviendo a ser la misma Luisa de siempre, me fui a trabajar al bar en el antiguo turno; sabía que no hacía falta, pues ya estaba la chica de la tarde, pero, yo necesitaba trabajar y, con ello, dejar de pensar en todo lo que había sucedido por la noche y, bueno, los días anteriores.

Estar en el bar siempre hacía que me evadiera de cualquier problema. Perderme en mis pensamientos mientras observaba a todos los clientes que pasaban a diario era relajante, por lo menos para mí. Me gustaba el trabajo que tenía, conocía a muchas personas y también me enteraba de muchos chismes que, a veces, me hacían el día.

Mi padre se extrañó al verme entrar en el bar, pues yo fui la que insistió en cambiar el turno, pero como buen progenitor que conoce a su hija, si me notaba seria al entrar por la puerta, o bien callaba y esperaba a que yo misma le contara el motivo de mi frialdad, o, simplemente, lo dejaba estar. Así era mi padre, un hombre reservado, respetuoso y, sobre todo, el único hombre que me aguantaba.

Ya eran las doce de la mañana cuando, fregando los vasos, me di cuenta de lo rápido que se me habían pasado las horas. Quizá me metí tanto en el curro que, ni siquiera, me enteré del tiempo. Entretenida con la limpieza, escuché a lo lejos mi móvil, alguien me estaba llamando, así que, cerré el grifo, me sequé las manos y fui en busca de mi teléfono, que ya me tenía loca con tanto

sonidito. Debía ponerlo en silencio durante la jornada laboral, bueno, y durante todo el día. Lo saqué del bolso y vi que era Lara. Fruncí el ceño y, de pronto, abrí los ojos desorbitadamente, dándome cuenta del motivo de su llamada. Descolgué y antes de siquiera saludarla, mi amiga rugió cual león enjaulado:

—*¿Se puede saber dónde coño estás, Luisa? ¡Luisa!*

—Que sí, calla joder. Estoy aquí —le dije, y se empezó a carcajearse, pero con total sarcasmo.

—*Nos ha jodido que estás ahí, pero es que no deberías estar ahí... bueno, donde quiera que estés... ¿Dónde estás?* —me preguntó.

—En el bar —susurré cagada de miedo, pues Lara tenía un carácter de bruja que no se aguantaba ni ella.

—*Vamos a ver, Luisita, fuiste tú la que te ofreciste a cuidar al niño. Si no podías, me lo hubieras dicho. He tenido que llamar a Cristian, que tiene el día libre, para que se quede con él* —me explicó, y cuando oí su nombre, mi corazón latió estúpidamente desbocado—. *Luisa... ¿Sigues ahí?*

—Sí, sí aquí estoy. Entonces, ¿qué quieres que haga si ya está Cristian con el niño?

—*Luisa, pareces tonta, hija mía. Ve cuando puedas a recogerlo, por favor. No es que no confíe en Cristian, pero es un hombre y ya sabes...*

—No, no sé —respondí haciéndome la tonta.

—*Ay, Luisita, pues que tiene el instinto paternal en el culo, por no decir otra burrada.*

Suspiré y volví a contar hasta diez, como cada vez que tenía que encontrarme con él. Al ver que hasta diez no sirvió, continué hasta veinte, y así hasta que Lara me volvió a interrumpir preguntando si iría a por Ángel. Le respondo que sí, que, si no hay remedio, iré a por el niño y, de paso, le pegaría otra patada en los huevos a Cristian, más por costumbre que otra cosa. Después de hablar con mi amiga, colgué y fui en busca de mi padre para decirle que tenía que irme a por el hijo de Lara y claro, no me dice nada,

si supuestamente he ido por gusto... Así que, sin más, salí del bar hasta mi coche.

Durante el trayecto pensé en cómo actuar frente a él después de la despedida que tuvimos la pasada noche, y no se me ocurrió nada, así que no me quedaba más que actuar con total normalidad, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Bueno, realmente así había sido, entre nosotros no pasó ni pasaría nada de nada.

Cuando llegué al edificio de Cristian, sentí como mi estómago se estrujaba por lo nerviosa que estaba. Nunca he pisado su apartamento, y siendo la primera vez, pues estaba hecha un flan. Tras encontrar un aparcamiento, entré en el edificio y subí en el ascensor hasta el piso de Cristian.

Al llegar a su planta, caminé arrastrando los pies hasta su puerta, las manos me sudaban, toda yo sudaba.

—Joder, parece que lo voy a ver por primera vez —me susurré a mí misma—. Venga, Luisa, toca el timbre. Tú puedes. —Y como si mi dedo tuviera vida propia, lo puse en el timbre y este sonó despertándome de mis pensamientos.

Suspiraba, respiraba, inspiraba, todo acabado en *piraba*... ¿Y si me *piraba*? «No, mujer, aquí te quedas, tienes que ser fuerte y hacer lo que tu amiga te ha pedido», me dije a mí misma en el momento en que la puerta se abría y me dejaba ver el pecho desnudo y duro de mi gilipollas favorito. Tragué saliva y no pude apartar la mirada de su torso semidesnudo. Sentí mis mejillas arder al subir mi mirada y encontrarme con la suya completamente perpleja al verme frente a él. Nos quedamos mirando por segundos, ¿o habían sido minutos? Yo qué coño sabía. En ese momento no podía mirar más que lo que mis ojos veían y eso era a un hombre que estaba muy pero que muy bueno y que me tenía loca de remate.

Entonces, y como salvados por la campana de nuevo, escuchamos el llanto de Ángel, y Cristian entró y corrió hasta el pequeño. Lo cogió en brazos, demostrándome todo lo contrario de lo que había dicho Lara. Entré tras él en

el apartamento y cerré la puerta, pese a que no había sido invitada a entrar. Él me miró y me puse roja pensando que se había enfadado por haberme *autoinvitado* a entrar.

—Siento entrar sin invitación —me disculpé, y vi como negaba sonriendo. Ver su sonrisa de nuevo hacía que me derritiera. «Pero que débil eres, Luisa», pensé.

—No te disculpes, pasa. Ya sabía que venías, pero no que vendrías tan pronto —me dijo tranquilizándome, y señaló el sofá para que me sentara.

Caminé hasta el sofá de cuero negro y me senté con las piernas juntas, como si con eso no dejara entrar nada. Qué tonta era. Miré buscando al niño y vi que estaba en su cuna de nuevo, lo había dejado dormido con las mecidas. Después de eso, vino hasta mí y se sentó a mi lado y con él su olor, ese que hacía que me perdiera en cada sentimiento, llevándome a un mundo nuestro, solos él y yo.

Viré la cara para dejar de mirarle y poder volver a este mundo de realidad que es completamente diferente a lo que yo quería. Por un momento pensé que mis ojos derramarían alguna lágrima, pero me las tragué para no dejarme ver así, débil y enamorada de un hombre que jamás me daría lo que quería.

—Luisa, mírame —me pidió, y con su mano derecha tocó mi mejilla e hizo que lo mirara.

Al hacerlo, bajé la cabeza, no quería que me viera así, porque no sabría qué decirle. ¿Qué pensaría de mí si me viese llorar sin motivo? Aunque sí que tenía motivos, pero él, por supuesto, no los sabía, y yo no tenía intención de que los supiera nunca.

—Eh, ¿por qué lloras? ¿Acaso he hecho algo que te haya molestado?

Negué y me encogí de hombros al mismo tiempo. Estaba siendo tan dulce conmigo que me costaba creer que no sintiera algo por mí, y si era así, ¿por qué se negaba a tener algo más que una aventura sexual? ¿Por qué se negaba al amor? Yo no podía seguir viendo a un hombre que no quería estar conmigo más tiempo del que estuviese con las piernas abiertas. Lo sentía, pero no. Así

que, sin decirle nada, me levanté del sofá con la intención de irme, pero antes de llegar a la puerta, Cristian me alcanzó y me cogió del brazo, dándome la vuelta y pegándose a su cuerpo. Sentía cómo mi pecho se hinchaba de los nervios, mis piernas temblaban y si no llega a ser porque él me estaba agarrando, creo que me hubiese caído en cualquier momento.

Nuestras miradas estaban completamente conectadas y no podíamos dejar de observarnos, de comernos con los ojos. No sé cuánto tiempo pasó, quizá llevásemos horas en esa posición, solo sé que estar así era, sin duda, lo que deseaba.

Mi mente volaba en ese momento, metiendo muchas cosas que no debía en mi cabecita loca, como, por ejemplo, que Cristian me iba a besar, que por fin sus labios y los míos serían uno, pero también sabía que cuando eso pasase, no podría separarme de él. Entonces, y como si él estuviera pensando lo mismo, se acercó lo suficiente y, soltando mi cintura, posó sus manos en mis mejillas y pegó nuestros labios en un beso tan desesperado y dulce a la vez que hizo que muriera ahí mismo. Nuestros labios siguieron pegados y a mí solo me quedaba entreabrir la boca para que nuestras lenguas jugueteasen, y eso justamente hicimos. Cristian metía su lengua en mi boca, buscando la mía y el beso cada vez se ponía más intenso, mucho más desesperado. Mis manos comenzaron a tocar su espalda, sus hombros, acariciando cada parte de su piel...

—¿Luisa? Te estoy hablando —La voz de Cristian me hizo despertar, y me di cuenta de que todo había sido una jugarreta de mi mente.

Me sentí avergonzada y quise salir de ahí de una vez por todas, así que me levanté con la intención de irme y me acerqué al niño para cogerlo. Entonces, cuando ya lo tuve entre mis brazos, también tenía a mi lado a Cristian que parecía no querer que me fuera.

—¿Qué ocurre, Luisa? No me hablas y quieres irte así sin más. Siento lo de anoche, en serio, pero...

—No tienes que disculparte. Anoche no pasó nada —repliqué sin dejarle

terminar.

Ya lo tenía todo listo para poder irme, también a Ángel entre mis brazos bien acurrucado, entonces me di cuenta de que el niño estaba muy caliente, lo miré y vi sus mejillas estaban muy rojas.

—Tiene fiebre —dije sin dejar que volviera a responder, y su cara cambió a una de preocupación.

—Hace un momento estaba bien, ¿qué habrá pasado?

—No sé, pero hay que llevarlo al hospital antes de que se ponga peor. La fiebre es peligrosa si no se trata. —Cristian asintió y desapareció por el pasillo.

A los dos minutos, lo vi salir ya con una camiseta simple y las deportivas. Así, tan natural y sencillo, se veía guapísimo. Moví la cabeza de un lado al otro para dejar de pensar en él y ambos salimos de casa con el niño entre mis brazos.

Cristian conducía deprisa y, la verdad, me daba un poco de miedo ir a esa velocidad, pero había que llegar pronto a urgencias. Yo estaba en el asiento de atrás con el niño y él no dejaba de mirarme por el espejo, así no podía concentrarme en que, en ese momento era lo realmente importante.

—Deja de mirarme, por favor —susurré bajito.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque eres hermosa.

¿Había escuchado bien? Había dicho que era hermosa y que por eso no podía dejar de mirarme. Si mi intención era dejarlo y no verle más, así no lo iba a lograr. Cristian no podía mirarme un día como si no quisiera verme y al siguiente como si me amara. Joder, eso era una locura, una que no sabía cómo curar. Porque sí, me estaba volviendo loca, pero de amor y deseo.

¿Algún día dejaría que me tocara con deseo sin pensar en el amor? ¿Algún día se enamoraría de mí con la misma intensidad con la que yo lo amaba a él? ¿Por qué la vida era así? Yo podría estar con cualquiera, incluso la noche

anterior podría haberme ido con Joseph, pero ni eso pude hacer, porque a todos los comparaba con él y mi corazón no me dejaba estar con otro.

Muchos meses saliendo a cenar, donde lo único que él me pedía era pasar la noche conmigo, en una cama, o un baño, o donde fuera, pero follarme hasta dejarme sin aliento, sin saber ni cómo me llamaba. Eso fue lo que me dijo la última vez que salimos:

—Quiero follarte tan duro que no sabrás ni cómo te llamas.

Ese día comprendí que entre nosotros lo único que había era una inmensa atracción, pero también que me había enamorado de él sin darme cuenta.

Capítulo 6

Cuando llegamos al hospital, Cristian estuvo muy atento con el niño y conmigo, cosa que no me gustaba demasiado por el simple hecho de que no quería que se me notara lo que provocaba en mí. Entramos a urgencias y buscamos a un doctor, Ángel estaba muy mal, cada vez tenía más fiebre y estaba dormido, o eso quería pensar yo. Un medico de unos treinta años se acercó a nosotros, pues mis gritos desgarradores lo habían alarmado. Estaba muy preocupada y desesperada por ver de nuevo la sonrisa de mi pequeño sobrino y, sobre todo, no quería ver sufrir a mi mejor amiga y su marido.

—Señora, ¿qué ocurre? —preguntó el médico, y yo lo miré mal, muy mal.

¿A mí me llamaba señora? ¿Pero cuántos años se creía que tenía, cincuenta? Cristian, al percatarse de mi cara de cabreo por lo que me había llamado el guapo medico —todo había que decirlo—, sonrió tanto, que me enseñó hasta los empastes de las muelas y eso me cabreó aún más.

—¿Y tú de qué te ríes? —Me iba a responder—. No, déjalo, no me respondas. —Volví mi atención al médico y seguí mirándole como si quisiera arrancarle la cabeza—. Por favor, el niño está muy mal.

Comencé a contarle todo y una vez terminé, se llevó al niño y desapareció por una de las puertas en las que ponía «Prohibido el paso. Solo personal sanitario». La angustia inundó mi cuerpo y mis mejillas estaban rojas, pero esa vez era de cabreo, miedo y todos esos malos sentimientos que un cuerpo puede soportar. Cristian cogió mi mano, despertándome de mi trance, y me

llevó hasta la sala de espera, donde me obligó a sentarme y serenarme. Ambos nos miramos y me dieron ganas de pedirle un abrazo y aferrarme a su cuerpo como si fuera una balsa, como si me estuviera ahogando. Y como si mi mirada le dijera lo que quería, se acercó a mí, posó su brazo derecho por encima de mis hombros y me atrapó con su duro cuerpo, estrechándome como le pedía en silencio. Una vez a salvo de este mundo, me permití llorar, sollocé como un alma en pena y todo era por la preocupación acumulada, porque no quería que le pasara nada a mi sobrino, porque Lara... Un momento... Tenía que llamar a Lara. Me separé de él bruscamente y saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón.

—¿Qué pasa, Luisa? —me preguntó nervioso.

—Tengo que llamar a Lara.

—Joder, es verdad. Bueno, llama tú a Lara y si no te lo coge, yo llamo a Rubén —respondió, y yo asentí marcando el número de mi amiga.

Un tono, dos, tres, cuatro y ya me iba a salir el buzón de voz cuando la voz de Lara sonó al otro lado de la línea. Comenzó a hablarme bajito, cómo no, si la pobre estaba dando clases.

—*¿Qué pasa, Luisa? Nunca me llamas a esta hora. Estoy en la escuela* —susurró, y escuché el cerrar de una puerta al otro lado de la línea.

—Bueno, perdona... No me di cuenta.

Me quedé en silencio un minuto, solo uno, para poder pensar cómo decirle a una madre primeriza y embarazada del segundo que su hijo estaba en el hospital por una fiebre muy alta y encima lo cuidaba Cristian. Nos mataría, seguro. Después nos descuartizaría y nos daría de comer a los perros.

—*Luisa, quieres hablar de una vez. No tengo toda la mañana para tus cosas* —replicó sacándome de mi ensoñación.

—Sí, sí. Lo siento —respondí inquieta—. Verás, Ángel... Tu niño, mi sobrino...

—*Joder, Luisa! Sé clara, ¿qué le pasa a mi niño?*

—Estamos en el hospital. —Y no pude decir más, pues mi amiga comienza

a ladrar y no se le entendía nada de nada—. Lara cálmate, por favor.

—*¿Qué me calme? Os lo dejo un día a los dos, un puto día, y tenéis a mi hijo en el hospital... Y encima tienes el descaro de decirme que me calme ¡Mierda! ¿Dónde coño estáis?*

Le dije dónde estábamos y me colgó sin escuchar los motivos por los que trajimos al niño. Miré a Cristian y este se encogió de hombros, por lo visto también estaba hablando con Rubén y este lo mandó a la mierda por no saber cuidar de su hijo. Me acerqué a él y volvimos a sentarnos en las mismas sillas de antes.

— ¿Qué te dijo a ti? —me preguntó con una sonrisa ladeada.

—Pues que cuando venga te cortará las pelotas y se las dará a su perro — bromeé con una sonrisa. La primera sonrisa sincera que me salía ante él.

Aunque no iba mucho conmigo lo de fingir ser alguien que no era, sí, había sido agradable. Delante de él siempre me había mantenido fría y distante, pero la situación hacía que me sintiera a gusto con él. Era extraño ver que venir al hospital con nuestro sobrino había hecho que nos uniésemos un poquito más, aunque fuera como amigos.

Su cara al oírme decir eso era de horror, pero negué rápidamente para que supiera que me estaba quedando con él y así logré que me sonriera como solo él sabía hacerlo.

—Quita, quita. Que con tener a una loca que intenta pegarme patadas en los huevos cuando intento acercarme a ella más de la cuenta porque la deseo como un puto loco, tengo suficiente —dijo rápido, y tragué saliva al escucharle.

Dijo que me deseaba como un puto loco... Ese hombre pretendía matarme o hacer que yo misma me suicidara. No podíamos seguir así, yo no podía seguir viéndole, o al final no podría controlarme, provocando en mí el mayor dolor de todos por su rechazo amoroso. Me quedé mirándolo y suspiré tan fuerte que posó su mano en mi mejilla, creando electricidad entre ambos, haciendo que me quemase y lo deseara aún más de lo que ya lo hacía. Joder,

¿por qué sería tan difícil? La antigua Luisa se habría abierto de piernas la primera noche, pero la que era en ese momento estaba enamorada y lo único que hacía era cuidar mi corazón y mi cordura.

—Siento mucho si te he molestado, Luisa, pero lo que te digo es verdad... Llámame loco, pero no logro separarme de ti...

—Déjalo, Cristian, por favor. —Me levanté dejándolo con la palabra en la boca, no podía seguir escuchándole.

Caminé hasta la máquina de café y me saqué uno bien cargado. De pronto sentí su presencia tras de mí, o también fue su olor. Me di la vuelta y ahí estaba, muy cerca. Cristian respiraba con dificultad y sus brazos rodearon mi cintura para pegarme más a su cuerpo. Estábamos a milímetros y mis piernas comenzaron a temblar en el momento en que sus labios se acercaban a los míos, pero como no podía ser de otra forma, y como si fuera una señal divina, mi café se cayó encima de su pecho y soltó un grito de dolor, lo había quemado.

—¡Aaaaah! ¡Joder! ¿Pretendes matarme? —gritaba, berreaba y maldecía tan fuerte que hasta el vigilante de seguridad vino a ver qué pasaba.

Se fue fulminándome con la mirada y volvió a sentarse en el mismo lugar. Lo nuestro no tenía remedio. Cuando me disponía a acercarme para pedirle disculpas, llegaron nuestros amigos... locos, muy locos. Lara vino hasta mí y me agarró fuerte de los brazos como si Satanás la hubiera poseído. Quería mucho a mi amiga, pero se estaba pasando de la raya conmigo. Rubén la agarró y Cristian quiso hablarle, pero los dos le gritaron que se callara.

— ¡¿Qué le habéis hecho a mi hijo?! —Gritó, bueno, más bien berreó a todo pulmón.

—Lara, cálmate, ¡joder! Me has hecho daño en los brazos. ¿Tú en vez de tomar hierro te lo comes? Pareces de acero...

—Cállate, Luisa —escupió cortándome.

— ¡No! No me voy a callar. Y tú te vas a sentar y a escucharme de una puñetera vez. —Se sentó, pero no se calló—. ¡Que te calles! El niño está aquí

porque tenía mucha fiebre... No le hicimos nada. ¿Cómo puedes pensar eso? Desde luego que a ti el embarazo y las puñeteras hormonas te tienen gilipollas. —Vi a Rubén haciéndome señas para que no dijera nada sobre su estado de ánimos por el embarazo, pero ya era tarde y frotó el puente de su nariz con los dedos.

Cristian, al ver a su amigo así, comenzó a reírse como un loco, agarrando su barriga exageradamente y el pobre no se dio cuenta de que mi poseída amiga se levantaba, y poniéndose justo delante de él, levantó la pierna e intentó pegarle una patada en los huevos. Cristian lo esquivó —¡qué reflejos tenía este chico!—, pero eso no hizo que se le cortara hasta el aliento.

—Te vas a reír de tu abuela, ¡gilipollas!

Pobre de mi rubio, tenía que tener asegurados los huevos ya de tantas patadas que intentaban darle. Rubén cogió a Lara y se la llevó a la cafetería, necesitaba una tila urgente, y yo me quedé con mi «amigo», ayudándole a digerir lo que acababa de pasar. Cuando logré que se sentara, lo imité y le miraba reprimiendo las carcajadas que luchaban por salir de lo más hondo de mi garganta. Aunque tuve que callarme al ver su semblante serio, incluso más serio que la noche anterior, y no me gustó lo que vi en él. ¿Me habría pasado?

Me levanté con la intención de irme y alejarme todo lo posible de su oscura mirada, temerosa de lo que pudiera soltar por su boca para herirme, pero no me dejó marcharme. Cogiendo mi brazo con fuerza, demasiada diría yo, se levantó y sin esperármelo si quiera, me besó bruscamente, pegó nuestros labios, que ardían en deseos de estar así, unidos. Mi cuerpo temblaba entre sus brazos y eso hizo que él se sintiera aún más poderoso, sabiendo que podría hacer conmigo lo que quisiera.

Se me había nublado completamente la vista, la mente y hasta el corazón, y me dejé llevar por ese apasionado beso que hacía que mi sexo ardiera en deseos de ser atendido.

De pronto, lo vi todo claro y si Cristian quería jugar, jugaríamos, aunque en ese juego la única que sufría era yo. Levanté mis manos, que las tenía

aprisionadas y las pasé por su pelo, agarrándolo de la nuca y tirando de él con posesión, como si la que mandara en esto fuera yo. Cristian soltó un gruñido excitado, así que ya sabía lo que debía hacer. Por unos minutos, nuestros labios se separaron y nuestras miradas se clavaron. No podía descifrar lo que sus ojos azules, oscurecidos por el deseo, me hacían sentir, pero aunque me estuviera muriendo por sentirlo de una vez por todas y sabiendo que al ser este nuestro primer beso, ya estaba más que muerta y enterrada, no le dejaría terminar lo que le había dejado empezar.

Solté su pelo y pasé mis manos por su pecho, bajando hasta esa tableta de chocolate que me moría por morder, y lo haría algún día, me prometí, pero ese no era el momento. Miré a mi alrededor para cerciorarme de que estuviéramos solos y di gracias por que no hubiera mucha gente; estábamos lo bastante alejados para no dar el espectáculo y, sobre todo, para que no nos denunciaran por escándalo público.

Cristian me miraba ansioso, sabiendo a donde iba a parar mi mano... Fui bajándola hasta que llegué a su entrepierna. Suspiré al sentir lo dura que la tenía y me relamí los labios para ponerlo aún más cachondo de lo que ya me demostraba que estaba.

—Como sigas así me correré en el bóxer —susurró acercando su boca a mi oreja y besando mi cuello.

No podía negar que yo también estaba muy pero que muy caliente, y ya mi sexo estaba dando palmas de alegría, pensando que, al fin, me había decidido a echar un buen polvo, pero la desilusión llegó para ambos. Endurecí mi mirada y mi mano en su paquete. Lo hice de tal manera que Cristian soltó un grito que fue tapado con mi boca. A ese se le iban a quitar las ganas de seguir intentado meterse entre mis piernas. Le pegué un mordisco en el labio inferior a la misma vez que apretaba aún más su entrepierna.

—Que sea la primera y última vez que me besas —amenacé al separar mis dientes de su labio—. ¿Cómo tengo que decirte que no? Óyeme bien, no me acostaré contigo. —Él intentaba hablar, pero le estaba agarrando con una

presión que se lo impedía—. ¿Cómo dices? No te entiendo, Cristian. Tendrás que ser más claro, guapetón.

—Sue... Suéltame.

—Ah, vale. Que te suelte. —Asintió, pero no lo solté—. ¿Has entendido lo que te he dicho? —Volvió a sentir y decido soltarlo.

Cuando por fin lo dejé libre de mí, se puso de rodillas tocándose sus partes bajas y escuchamos una carcajada detrás de nosotros. Me di la vuelta y ahí estaban Lara y Rubén, se estaba partiendo de la risa, y su amigo estaba muy cabreado. Pero me dio igual, él se lo buscó.

Sin decirme ni media palabra más, se levantó con el poco orgullo de hombre que le quedaba y se marchó, dejándonos completamente perplejos. Aunque no le culpaba, el pobre se había llevado en poco tiempo ración doble de maldades, y dudaba mucho que volviese a dirigirnos la palabra algún día, sobre todo a mí.

Capítulo 7

Me senté a esperar la bronca monumental que mi amiga me iba a echar. Aunque ella también se hubiese enfadado con él, Cristian era su mejor amigo. Pero no, no dijo nada, se sentó a mi lado y cogió mi mano como si quisiera consolarme, cosa que me emocionó, y saqué todo lo que llevaba dentro desde la última noche, llorando como una adolescente enamorada y culpándome de todo lo que había pasado.

—Solo quiere acostarse conmigo y yo... Yo no estoy dispuesta a eso — sollocé sin consuelo.

Creo que lo que más coraje me fue tener que rechazarle tras lo mucho que me había excitado. Dios, si incluso iba a tener que ir a casa a cambiarme de bragas, las tenía empapadas, pero claro, cómo no lo iba a estar si el hombre se propuso hacer conmigo todo lo que su mente le decía. Me lo estaba demostrando en el gran bulto que guardaban sus vaqueros y me moría de ganas por ver esa... Mejor me callo, que me pierdo. Joder, necesitaba un buen polvo, no sé ni cuantas veces lo habré dicho ya, pero es que lo necesitaba de verdad, con urgencia.

En ese momento, el guapo médico que se llevó al pequeño Ángel llegó para decirnos el estado del niño. Lara y Rubén estaban muy preocupados, bueno, en realidad creo que los tres lo estábamos.

—Buenas, ¿los padres del niño? —preguntó señalando a Lara y Rubén, y los tres asentimos.

Antes de que el doctor prosiguiera, volví a sentir esa electricidad, ese olor, ese imán que me hacía saber que ahí estaba él, tras de mí, a punto de tocarme. Me di la vuelta y vi a Cristian. Nuestros ojos se encontraron y creí que me miraría con odio, pero me equivoqué, su mirada era... ¿Cómo lo podría describir? ¿Tierna, dulce? Ese hombre pretendía volverme loca, lo sabía.

Volvimos a poner nuestra atención en el médico, y sin esperármelo, Cristian agarró mi mano entrelazando nuestros dedos. Lo miré de soslayo y me guiñó un ojo, como si eso pudiese significar algo.

Me nublé por completo, tanto que no escuché ni lo que decía el doctor del niño; tanto que ya no estábamos ahí, en el hospital, sino en nuestra burbuja particular, esa que había creado mi mente cuando estábamos cerca, el uno al lado del otro. Eso era una locura, una autentica gran locura.

Estábamos en el bar tomándonos algo, pues Lara quería celebrar que su hijo no tenía nada malo, solo un simple catarro en la que la infección se había ido a los oídos. Parecía que estaba celebrando que le había tocado la lotería, y claro, Rubén la dejaba hacer lo que quisiera. Ella decía que su hijo había pasado su primera visita al hospital con éxito y que eso era motivo de celebración. Para mí estaba como una puta cabra, pero no se lo iba a decir.

Yo me sentía feliz, inusualmente feliz. Era extraño todo lo que estaba pasando, y más después de haberle atacado. Cristian no se separó de mí en ningún momento y sus dedos seguían entrelazados con los míos, cosa que nuestros amigos no dejaban de mirar, ni yo misma me lo creía y no hacía más que bajar mis ojos a nuestras manos.

—¿Estás bien? —me preguntó muy cerca de mi oído.

—Sí... —respondí nerviosa, aterrada y mil cosas más.

—Tenemos que hablar —susurró, y yo asentí, comprendiendo.

Había llegado la hora de la verdad, la hora de decirnos todo, o, más bien,

decirme todo y a qué venía eso, porque no me entraba en la cabeza, después de lo que le hice, que viniera como si nada y agarrase mi mano como si fuera de su propiedad. No iba a negar que me no me gustara estar así con él, pero ¿qué éramos? ¿Acaso éramos novios? Cristian se levantó tirando de mi mano y me llevó hasta el almacén. Una vez dentro, cerró la puerta con pestillo y yo en cualquier momento iba a caerme de lo nerviosa que estaba. Jamás en mi vida un hombre me había hecho sentir así, jamás un hombre había logrado tenerme a su merced y este lo estaba consiguiendo de la manera más bruta y extraña del mundo entero.

Se dio la vuelta y se acercó a mí. Desesperado, cogió mis mejillas y pegó nuestros labios. Ya era la segunda vez que me besaba en un día, olvidando mi amenaza de esa tarde. Aunque, en realidad yo no quería que fuera la última. El beso se fue tornando apasionado, mucho, provocando que mi sexo se contrajera y se sintiera necesitado, desesperado por tenerle dentro de una vez por todas. La poca cordura que aún me quedaba me hizo despertar y salir del estado en el que Cristian con solo un beso me llevaba, y abrí los ojos, para luego separarme de él.

—Perdona por volver a besarte, pero no he podido evitarlo —se disculpó.

—No pidas perdón cuando yo lo deseaba tanto como tú. —Abrí los ojos al escucharme a mí misma decir eso. Ay, Luisa, ¿por qué pensarás en alto?

Cristian sonrió triunfante, como si su cometido fuera, al fin, saber lo que yo sentía, aunque hasta un ciego podría ver que babeaba cuando lo veía pasar por mi lado. No hacía falta que me besara así para saberlo, no hacía falta que me cogiera de la mano como si fuéramos novios para darse cuenta de que me tenía completamente enamorada, porque ¿quién no se enamoraría de semejante adonis? Por Dios, si estaba más bueno que las torrijas de mi padre.

—¿Así que tú también lo deseabas?

—Yo, eh, yo... Por favor. —Suspiré, y me avergoncé por la gran pillada.

Comencé a dar vueltas de un lado al otro. Justamente no quería que llegara ese día y llegó mucho antes de lo que pensaba, no quería que Cristian supiera

lo que yo sentía por él... ¡Nunca salen las cosas como una quiere, coño! ¿Y ahora qué le decía? ¿Que fue el subconsciente? Eso no se lo creería nadie. A mi amigo «el rubio guaperas gilipollas» se le veía demasiado tranquilo, como si estuviera disfrutando de mi frustración y no iba a dejar que me manejara a su antojo. Así que me senté en una de las cajas de cerveza y lo miré fijamente, después de haber contado hasta cinco mil, claro está.

—Vale, ¿de qué tenemos que hablar, señor lo-sé-todo-y-hago-lo-que-me-sale-de-los-huevos? —¡Ole ahí, con dos ovarios! Por fin la Luisa que no se dejaba pisar había vuelto más serena.

—Luisa, Luisa. No me gusta que digas palabrotas y mucho menos que vayan dirigidas hacia mi persona, es hiriente —replicó con esa maldita sonrisa que no borraba de esos maravillosos labios que... «Cállate, Luisita, que vuelves a caer», pensé.

—Nos ha jodido que es hiriente. Y tú qué, ¿eh? Tú no haces más que volverme loca.

—¿Te vuelvo loca?

—Oh, vamos, Cristian, ¿ves lo que te digo? ¿Es que no puedes hablar en serio por una vez en tu vida? —pregunté, y asintió poniéndose serio o fingiendo, ya no sabía ni lo que hacía—. Bien. No puedes venir un día y querer meterte en mi cama y al otro mirarme como si me odiaras, al otro vuelves a jugar las mismas cartas y al siguiente más de lo mismo...

—Vale, vale. Ya lo pillo...

—No, no lo pillas Cristian... —resoplé—. Anoche en el coche, parecías otro, un Cristian muy diferente, uno que sí podría entrar en mi vida, pero después volviste a ser el mismo tío insoportable que hace que quiera patearte las pelotas. —Sonrió—. Hoy, que pensé que estarías igual, vuelves a portarte bien, hasta el momento en que decides meterme la lengua hasta la campanilla, aun sabiendo que te dije que jamás me besaras. Y después ya sabes lo que ha pasado, no hace falta que te recuerde lo del hospital, ¿no? —Negó con la cabeza—. Ahora vamos al punto importante...

—¿Quieres dejarme hablar de una vez o voy a tener que cerrar tu boca con mis labios? —Su pregunta me pilló desprevenida, así que me callé. No iba a discutir con él de nuevo—. ¿Tienes que analizarlo todo siempre? Lo único que yo quiero es que te dejes llevar, que no me rechaces... Es verdad que cuando comenzamos a vernos, mi intención era solo el sexo...

—¿Y ya no? —pregunté esperanzada.

—No, no sé... Lo que quiero decirte es que me gustas mucho, Luisa, pero no sé... Joder. Luisa, mi vida es muy complicada y si la supieras no querrías ni verme.

Su voz sonó preocupada, nerviosa y no sabía por qué, pero había algo en él que me hacía querer estar con él, aun sabiendo que lo nuestro no tenía futuro. Podríamos intentarlo o no, no sabía qué hacer. Cristian me miraba con notable angustia, como si supiera que yo no me alejaría, aunque su vida fuera la peor de todas.

—No sé por qué dices que tu vida es complicada. Yo no la veo así, ¿o será que me escondes algo? ¿Hay algo que deba saber?

—Yo, no... Lo siento —dijo y salió del almacén como alma que lleva al diablo.

Salí corriendo tras él, pensando que se sentaría de nuevo con nuestros amigos, y no fue así. Cristian salió del bar, bajo la atenta mirada de todos los ahí presentes, y no pude alcanzarle. ¿Qué le pasaba? Era todo muy raro, y era la primera vez que Cristian intentaba abrirse a mí, la primera vez de todas las veces que habíamos estado solos que, al menos, me decía algo más que «quiero follarte». Tenía que averiguar qué le pasaba, qué era eso que tanto le preocupaba y qué no dejaba que tuviera una relación normal con una mujer, sin tener la necesidad de echarla por la mañana de su cama como si fuera una puta.

Me di la vuelta y volví a sentarme con mis amigos. Lara y Belén, que no sabía cuándo había llegado, me miraban esperando una explicación, y se la daría, pero no en ese momento. De primeras necesitaba estar sola y si era

posible cogirme otra borrachera, a ver si así me enteraba de algo, porque últimamente estaba más perdida que el barco del arroz. Esperé unos minutos y después me levanté y salí del bar que tan pequeño se me había hecho. No me despedí de nadie, no me sentía con ánimos de nada más que llegar a mi apartamento y beberme la botella que me quedaba en el mueble bar.

Cuando llegué a mi casa, fui directa a mi habitación, me cambié de ropa para ponerme algo más cómodo y volví al salón para perder la conciencia en el alcohol. «A este paso me volveré alcohólica, me dije a mí misma».

Mientras bebía me iba acordando de todos los momentos que había pasado con Cristian desde que lo conocí. Salimos en muchas ocasiones, y en todas, sus intenciones fueron las mismas: entrar en mi cama. Pero me acordé de una noche en concreto... esa maldita noche en la que me pidió cenar con él a escondidas de nuestros amigos, y sonreí como una boba al traer a mi memoria cómo paseamos por el parque, como si fuéramos una pareja de enamorados. Definitivamente, fue ahí fue cuando me di cuenta de que me había enamorado de él. Dejé que mi mente se pusiera a recordar...

El cielo estaba oscuro, casi no se veía nada. La luna y las estrellas desaparecieron tras unas nubes tan espesas y negras que avecinaban la tormenta más grande de la historia. Cristian me pidió salir a cenar, algo a lo que, en principio, quise negarme, pues todas las veces que salimos había sido lo mismo y no quería relacionarme con el típico bajabragas que va a lo que va, aunque no podía negar que estaba muy bueno y por eso acepté. Podrían llamarme superficial, puede que sí, pero me daba igual lo que pensara la gente de mí, hacía tiempo que eso no me importaba.

Estaba en mi habitación, arreglándome, pintándome como una puerta, bueno, tampoco había que ser exagerada, tenía que pasar por chapa y pintura y listo. Cuando terminé de maquillarme, con unos labios tan rojos

como la sangre y los ojos pintados de negro, cosa que resaltaban su color verde, fui al armario para coger el vestido rojo que había elegido por la mañana, con la intención de provocarle un paro cardíaco al bajabragas. No era facilona, simplemente me gustaba hacer que los hombres babeasen, aunque después no se fueran a comer un colín conmigo, porque eso sí lo tenía claro, en mi cama entraba solo el que mi cuerpo quisiera.

Terminé de arreglarme, dejando mi larga melena suelta y cogí mi bolso con la intención de marcharme. Salí para coger mi coche, pero justo me encontré con Cristian y su sonrisa. «Lo que daría por morder esos carnosos labios», pensé. Pero no, eso no pasaría, no en ese momento. Me miró de arriba abajo y sus ojos se llenaron de deseo.

—¿No habíamos quedado en el restaurante? —pregunté nerviosa.

—Sí, pero decidí sorprenderte viniendo a por ti. No sería un caballero y me gusta hacer las cosas bien. —Sonreí como un auténtica estúpida. Había caído en su trampa de «esta noche te voy a meter hasta lo que no tengo», y asentí entrando en su coche.

La cena estaba siendo demasiado amena, cosa que me sorprendía, ya que Cristian estaba demasiado formal para como era él en realidad, y eso me puso alerta, porque si era un juego para conseguir meterse entre mis piernas, lo llevaba claro.

Después de cenar, fuimos a dar un paseo a un parque cercano. No llevábamos paraguas ni nada, y sabíamos que llovería en cualquier momento, pero realmente no era algo que nos preocupara. En el parque, Cristian fue muy atento conmigo y a cada cosa que hacía, más me sorprendía, era todo muy extraño, y sabía que la noche haría que sintiéramos y pensáramos lo que no era. Nuestra relación no tenía cabida.

—¿Tienes frío? —me preguntó al ver cómo sobaba mis brazos, y asentí.

Se quitó su cazadora de cuero y me la puso en los hombros, provocando que mi cuerpo se estremeciera con solo sentir su olor encima de mí. No quería imaginar lo que sería sentirle piel con piel. «Deja de pensar así,

Luisita», me regañé mentalmente, aunque no sabía por qué. ¿Acaso era malo desear a un hombre como él? «Es malo desear a un hombre del que te has enamorado perdidamente y del que sabes que no vas a conseguir más que un buen polvo», volví a regañarme. Mi conciencia me estaba poniendo las cosas claras. Suspiré como si me acabase de enterar de mis sentimientos y exclamé algo que Cristian escuchó claramente.

—No te preocupes. Esta noche no te insistiré sobre lo de acostarnos.

—Me dejó helada y ¿decepcionada? Desde luego que no sabía lo que quería.

—Lo siento. Soy una bocazas, pero es que todas las veces que nos hemos visto siempre han sido igual y hoy... Hoy es diferente, eres diferente. ¿Por qué?

Y me quedé sin respuesta a esa pregunta, porque comenzó a diluviar y tuvimos que volver a casa.

Capítulo 8

La botella cada vez estaba más vacía y yo más borracha ¿Desde cuándo bebía tanto? «Pues desde que Cristian quiere algo y se va antes de contarte su oscura vida, so tonta». Puta conciencia que no me dejaba en paz. Tenía que saber qué era eso que hacía que no pudiera tener una relación estable con cualquier mujer, aunque también cabía la posibilidad de que me estuviera mintiendo para deshacerse de mí y no tener que dar más explicaciones. Eso, como no conseguía su cometido, me estaba dando la patada como si fuera una desesperada, aunque ahí el desesperado de la relación era él. «¿Estás segura? No me hagas reír, que se me arruga la cara», pensaba. Debía estar muy borracha para hablarme a mí misma como si estuviera con alguien más. Eso, o que me había vuelto loca. «Sí, pero una loca sexual».

—¡Cállate! —grité al tiempo en que Belén entraba en casa. Bueno, realmente no sabía si era Belén o un unicornio que venía a sacarme de esta amargura.

— ¿A quién mandas callar, Luisa? —preguntó el unicornio de mi amiga.

— ¡Hola, unibelén! —exclamé moviendo las manos lentamente, como si me pesaran.

—¿Has bebido?

—*Shi...* ¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema? ¡Deja de moverte!

—Dios —susurró mi *uniamiga*—... Anda, vamos, que te llevo a la cama.

—Se acercó a mí para ayudarme a levantarme del suelo.

No sabía cómo había llegado a sentarme ahí, o quizá me había caído.

— ¡No! ¿Estás loca? Ahí seguro que me espera Cristian —respondí arrastrando las palabras. Ya me estaba costando hablar y mis ojos se comenzaron a cerrar.

—Está bien, pues quédate aquí. Te traeré una colcha.

Ya no escuché nada más, y mis ojos se cerraron del todo, llevándome a un sueño profundo donde mi pervertido rubio de ojos azules favorito era el protagonista.

Sentía calor, mucho calor y no sabía si era porque estaba tapada hasta la cabeza o porque tenía sus manos por todo mi cuerpo. Cristian estaba encima de mí, besando mi cuello y acariciándome por encima de la tela del pijama, que ya me estorbaba. Deseaba sentirlo de una vez y por todas. Sus labios chocaron con los míos en un beso apasionado, un beso que me iba a llevar a la máxima locura. Abrí mi boca para dejar acceso a su lengua y el beso fue subiendo hasta el punto de sentir como mi sexo se contraía deseoso de su contacto. Cristian bajó su mano y la llevó hasta el elástico de mi pantalón, metió la mano y esta fue directa a mi clítoris. Oh, sí...

—¡Luisa! —Escuché los gritos de mi amiga y abrí los ojos asustada.

—¿Qué pasa, por qué gritas? —dije tapándome los oídos.

Tenía una resaca de mil cojones y no era para menos, ¡me había bebido la botella de ron entera yo solita, como si me la fueran a quitar! Puse mis manos en la cabeza, pues parecían que me estaba dando con un martillo.

—Te duele la cabeza, ¿no? Pues te lo mereces ¿En qué pensabas para beberte todo eso tú sola? ¿Acaso tienes algún problema y no me lo has contado?

—Deja de preguntar y dame una pastilla, por favor. Te prometo que después hablamos, ahora déjame dormir un rato más —supliqué escondiéndome bajo la colcha que, no sabía quién, me la había echado encima. Pero mi amiga parecía sorda porque me destapó enseguida.

—De eso nada. Levántate, dúchate y vete a trabajar. Te recuerdo que

estamos a martes, bonita. —Su aclaración hizo que me levantara como un resorte, y poniéndome las manos en la cabeza, aunque esta vez no por el dolor, grité como una posesa:

—¡Joder, joder! ¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Pero ¿qué? Hostias. —Belén se preguntó y respondió a la misma vez.

Comencé a dar vueltas intentando centrarme, porque el alcohol aún corría por mi organismo. Entonces mi amiga Belén, al darse cuenta de mi estado, se puso ante mí y me paró agarrando mis brazos.

—Espera, espera. Que me había olvidado...

—¿De qué? —pregunté cortándola.

—Tranquilízate, ¿quieres? Lara me llamó esta mañana para decirme que, como otra vez la dejaste tirada, dejó al niño con Cristian. —Mis ojos se abrieron sorprendida, pero entendí la postura de mi amiga—. ¡Tendrás que ir a por el niño allí! —exclamó Belén haciendo ojitos.

¿De qué iba todo eso? Si me llegaba a enterar de que mis amigas estaban intentando que Cristian y yo nos viésemos, las cogería a las dos de los pelos y las dejaría calvas. Asentí y fui a mi habitación para coger la ropa que me pondría, y después me duché. Cuando terminé de arreglarme y fui al salón, mi amiga ya se había ido, así que cogí mi bolso y salí de mi apartamento para dirigirme a mi coche.

Me sentía nerviosa, muchísimo, pero cómo no iba estarlo si después de que saliera corriendo del almacén de mi bar por no querer contarme su vida, no habíamos vuelto a hablar. Aunque solo hacía horas de aquello, en otro momento, Cristian me habría mandado un mensaje, pero eso tampoco pasó y ahora iba a plantarme en su casa, así, sin más.

Ni siquiera tenía ánimos de poner música en el coche, total, ya estaba llegando al edificio de mi rubio. «Luisa, ¿cuándo vas a empezar a entender que no es tuyo?», me increpó mi conciencia. Pero yo quería que sí lo fuese. Dios, estaba hecha un maldito lío y todo porque él no tenía claro lo que sentía

por mí, o quizá sí lo tuviera, pero se negaba a aceptarlo.

Ya había llegado al edificio de Cristian, pero no me atrevía a bajarme del coche. Sopesé unos minutos si irme y llamar a Lara para decirle que estaba enferma.

—Vamos, Luisa. Tú puedes con esto y mucho más —me animé.

Con ese pensamiento, me bajé del coche y caminé arrastrando los pies hasta el interior del edificio del gilipollas. Subí hasta su piso y cuando llegué, me quedé otra vez unos minutos pensando en si tocar el timbre o huir como una autentica cobarde. Pero otra vez me armé de valor y toqué el timbre despacio. Unos pasos se escucharon acercarse y se abrió la puerta. Cristian me miró extrañado, como si no supiera que venía a por el niño. Nuestras miradas quedaron conectadas mucho tiempo, más de lo debido y más de lo permitido. Entonces carraspeó y así ambos sonreímos. Yo, por mi parte, me sentí avergonzada y sentí mis mejillas arder.

—¿Qué haces aquí, Luisa? —preguntó cuando ya estaba dentro.

Miré a mi alrededor y parecía que había pasado un tornado, todo estaba revuelto. Platos sin fregar, ropa sin planchar y miles de cosas sin orden ni concierto..

—Siento mucho como está todo —se disculpó—. La señora que venía a limpiar se puso enferma y no he podido buscar a otra que ocupe su lugar.

—No te preocupes —respondí mostrándole una sonrisa sincera—. Vine a por Ángel... Me quedé dormida y por eso Lara te lo trajo. ¿Dónde está? —pregunté extrañada de no ver la cuna de mi sobrino.

—Él no está aquí —respondió—. Rubén vino hace una media hora. Al parecer, Lara dejó hoy el trabajo para estar con él. Además, el embarazo la tiene muy...

—¿Neurótica? ¿Esquizofrénica? —terminé la frase por él y ambos soltamos una carcajada—. No me dijo nada. Y ahora ¿qué voy a hacer por las mañanas? Si he cambiado el turno...

Cristian se quedó mirándome fijamente y podría decir que, a la vez que lo

hacía, pensaba algo. Era muy expresivo, o quizá ya no lo conociera demasiado. Entonces, me instó a que me sentara en el sofá y él se sentó a mi lado, cosa que me puso muy nerviosa. Su cercanía hacía estragos en mí, su fragancia, ese olor a hombre que desprendía, hacía que mi cuerpo vibrara con solo tenerle cerca, tan cerca que nuestras rodillas se rozaban. Suspiré pesarosa, movía mis manos como si temblaran, aunque así era. Estaba tiritando como si tuviera frío, y no, no tenía tal cosa, al contrario, él me acaloraba y mis mejillas me delataban.

— ¿Estás nerviosa? —preguntó en un hilo de voz, como si él estuviera igual que yo.

Parecíamos críos que acabaran de enamorarse de su primer amor. Yo no podía decir que él era mi primer amor, porque mentiría, pero sí era una persona demasiado importante para mí, y hasta podría decir que lo amaba mucho más de lo que amé al que entró en mi corazón cuando yo tenía quince años.

—Un poco, ¿y tú? —Se encogió de hombros desilusionándome, pero después asintió y mi corazón latió frenético.

No dijimos nada más, no hacían falta las palabras, nuestras miradas eran las que se comunicaban... Mi corazón no dejaba de latir desbocado y, podría jurar que a él le pasaba exactamente lo mismo. Entonces, y sin esperármelo, Cristian se acercó a mí y, cogiendo mis mejillas, besó mis labios con una dulzura aplastante. ¿Cómo con un simple beso podía llevarme al mismo cielo? ¿Cómo iba a poder parar después de eso? Le necesitaba, necesitaba sus manos recorriendo mi piel, sus labios besando cada rincón.

Mi mente estaba nublada, solo tenía cabida para él, solo él, yo y ese preciso momento. Cristian podía ser muy dulce cuando quería, pero yo también había visto su lado más duro y algo oscuro. Pero aquí estaba yo de nuevo, fallando a mi propia promesa de olvidarme de él, fallándome a mí misma. Lo amaba, lo quería y deseaba ser suya para siempre, pero ¿hasta qué punto él sentía lo mismo que yo?

Cuando nos separamos, sus ojos me miraban con un brillo especial, uno que no había visto antes en él. Quiso hablar, pero negué intentando mantenerme serena, aunque me estaba costando horrores conseguirlo. Me levanté con la intención de huir de nuevo, porque sí, era una cobarde que no deseaba sufrir de nuevo por amor. Caminé hasta la puerta y antes de abrirla me paró.

—No te vayas —susurró—.... por favor. —Mis ojos estaban cristalizados y no quería llorar de nuevo ante él—. Luisa, quédate conmigo.

—¿Para qué? No, Cristian. Esto no acabará bien y solo yo sufriré. —Se acercó a mí sin dejar de mirarme, con esos ojos azules que tanto amaba y que tan loca me volvían—. No me mires así, por favor. No me pongas las cosas más difíciles.

—¿Cómo no desearte como un loco? ¿Cómo dejar de mirarte si eres hermosa? No me pidas que deje de hacerlo, porque no puedo... Es imposible. No sabes los besos que quiero darte.

Y con esa respuesta, volvió a besarme, apretándome contra él sin dejar ni un milímetro de distancia entre los dos, convirtiéndonos en un solo cuerpo, y me encantaría que también fuéramos un solo corazón. Sus labios me enloquecían.

Tanto había soñado con tenerle así, besándome con locura, porque la dulzura en aquel momento estaba escondida. Ahora éramos dos personas que se deseaban y que necesitaban el uno del otro. Quería esconder mis sentimientos en lo más profundo de mi alma, meterlos en una cajita de cristal irrompible, una que nunca pudiera abrirse. Solo así podría entregarme a él, entregar mi cuerpo al suyo, sin necesidad de sufrir, solo por el disfrute del sexo.

Capítulo 9

Cristian

No podía dejar de besarla, no podía dejar que se escapara de nuevo de entre mis brazos. Tenerla así, conmigo, pegada a mi cuerpo, como siempre había querido desde que la conocía. Solo había algo que aún no podía descifrar cuando estaba a su lado. ¿Estaba enamorado de ella? Sabía que sentía algo y que, por ello, no lograba dejarla marchar, dejarla hacer su vida, pero cada vez que pensaba en que podía estar en los brazos de otro, bajo las caricias de otra persona que no fuera yo, me moría y eso solo podía significar que... Ni idea de lo que significa. Solo quería estar con ella y nada más.

¿Cómo haría para soltarla? Me tenía completamente hechizado y necesitaba sentir su piel, sentir el calor que desprendía su cuerpo al sentir mis caricias. Entonces me separé de ella unos segundos y la miré, contemplando cada rincón de ese perfecto cuerpo. Venía con unos vaqueros pegados, haciendo que sus piernas se vieran más largas, y una blusa cerrada con una cremallera en la espalda. Mi mirada subió de nuevo a sus ojos, temeroso de que volviera a huir de mí, y no quería asustarla.

—¿Puedo? —pregunté señalando la blusa.

Quería desnudarla despacio, acariciarla, sentirla, ¿amarla? Sí, amarla. Todo quería que fuera especial. Yo no era un tipo romántico. Lo fui, hacía mucho tiempo, pero poco a poco y con el paso del tiempo, me volví frío y distante, solo buscando a mujeres para pasar un buen rato y nada más. Y ahora estaba

ella. ¿Qué quería con ella? Luisa había llegado a mi vida, llenándola de completa locura, porque ella estaba chiflada y posiblemente fuese eso lo que más me gustara de ella.

Seguíamos mirándonos y aún estaba esperando su respuesta, la sentía nerviosa y el miedo entró al no saber qué descifraban sus ojos. Y como si me estuviera escuchando, asintió despacio, tanto que casi no me doy cuenta. Esbocé una sonrisa y mis manos fueron a su espalda, bajé la cremallera despacio y todo sin dejar de contemplarla, hasta que, al fin, se la quité por completo, dejándola con el sostén de algodón negro.

¿Cómo esa mujer podía pedirme que no la mirase? ¿Cómo esa mujer podía pedirme que la dejase en paz? ¿Cómo era tan tonto de no hacerla mía de una vez por todas? Era hermosa, simplemente perfecta. Mis manos temblaban, sí, así estaba. Raro, ¿no? Pues estaba muy nervioso, pero estaba justificado, ya que tenía a tremenda mujer frente a mí, a punto de desnudarse por completo, a punto de disfrutarla como deseaba. Acerqué mis labios a su hombro, consiguiendo erizar su piel. Parecía de porcelana, tan inmaculada, tan suave, tan diferente a las mujeres con las que había estado.

—Eres tan hermosa —susurré mientras besaba su cuello.

Mis manos bailaban en su espalda, buscando el broche del sujetador, hasta que lo encontré. La dejé desnuda de cintura para arriba, mientras que ella me hizo levantar los brazos para quitarme la camiseta que llevaba puesta. Ambos nos miramos a los ojos, aunque poco duró ya que sus pechos me llamaban. Los cogí con mis manos, acariciándolos, tocando con mis dedos sus pezones endurecidos; bajé mi boca y me metí uno de ellos, lo chupé y lamí, arrancándole a Luisa unos gemidos que me trastornaron. Jamás había escuchado una melodía tan perfecta.

Estaba perdido, muy perdido, era como si una burbuja se hubiera creado a nuestro alrededor y no hubiera nada más. Luisa tenía los ojos cerrados, mientras que yo seguía degustando sus pechos. Me estaba volviendo loco y no quería, no debía ser así con ella, no merecía que solo la utilizara, y le haría

saber que ella no era un juego para mí, sino algo más, mucho más.

—Cristian —susurró, y subí a su altura, dejando sus pezones enrojecidos.

—Dime, loquita —respondí, y besé sus labios con puro deseo.

Desde que los probé por primera vez, no hubo un día en el que lo olvidara, y mucho menos, en que no quisiera probarlos de nuevo. Me encantaba toda ella. Su locura. Su sonrisa, esa que me encantaba porque se le reían hasta los ojos. Pensar en ella en ese modo, me hacía darme cuenta que sí, que siempre había estado enamorado de ella, pero el miedo me hacía ser un cobarde. Sus labios... Eran lo que más me gustaba de ella. Incluso podría decir que me gustaba hasta en los momentos que más bruta se ponía. Tenía como un maldito imán que me hacía pegarme a ella como una maldita lapa y, por eso siempre había querido robarle un beso, o meterme entre sus piernas como ella tantas veces me repetía. Y en ese momento, que ya la tenía bajo mi cuerpo, lo haría despacio. Solo así podría disfrutarla como tanto había anhelado.

Al separar mis labios de los de ella, una gran sonrisa dibujó su cara, provocando un vuelco en mi corazón, algo que nunca había sentido. ¿Sería que..? No... No sabía. Podría ser que estuviera descubriendo mis sentimientos hacía ella por el hecho de verla sonreír gracias a mí. Saber que yo había conseguido eso y no hacerla irritar, me llenaba tanto el pecho que me costaba respirar.

—Desnúdame de una vez y hazme tuya —me pidió, sorprendiéndome.

—¿Es una orden? —pregunté mientras bajaba mi mano derecha hasta su cintura, y me pegué más a ella, frotando mi excitación por sus pantalones, haciendo presión, creando una unión superficial que casi nos llevó a la locura.

Luisa se arqueó, buscando más, y no la haría esperar. Comencé a desabrochar su pantalón y lo bajé quitándoselo por completo, me puse de rodillas y fui dejando un reguero de besos desde sus pantorrillas, subiendo hasta el interior de sus muslos, donde me quedé durante un tiempo. Quería volverla loca, que supiera lo que provocaban en mí su locura, su cuerpo, su

frescura... Toda ella hacía que perdiera la cordura. La escuchaba gemir, suspirar e incluso maldecir, cosa que me hizo mucha gracia.

Ya estaba empapada y me moría de ganas de beberme toda su esencia, todo de ella, así que le quité la ropa interior casi de un tirón, y cuando la tuve completamente expuesta ante mí, acerqué mi boca a su sexo, donde degusté lo que tanto quería.

—¡Dios! —chilló, y seguí con la tortura.

Lamí mientras que metía dos dedos en su interior, comprobando lo mojada que estaba y, joder... No aguanté más y saqué mi cabeza de entre sus piernas, fui al cajón de la entrada para coger un preservativo y me quité los pantalones junto con el bóxer. Entonces, bajo su atenta mirada, me coloqué entre sus piernas y sin decirle nada, entré en ella de una sola estocada. Luisa se arqueó y yo acerqué mis labios a los suyos para besarla con pasión.

No podía explicar lo que sentía el estar en su interior, haciéndole el amor como siempre había soñado. Luisa siempre había pensado que yo solo la quería para acostarme con ella, y en realidad así era. Y ahora que la tenía bajo de mí, piel con piel, llenándola por completo, no se imaginaba lo que ella me llenaba a mí. Podría jurar que mi corazón comenzaba a sentir algo muy fuerte por esa mujer que tan loco me había vuelto en esos años. Por eso y por todo lo que me hacía sentir, le hice el amor, despacio, disfrutándola y haciéndola disfrutar.

Dejé de besar sus labios y besé su cuello, bajando hasta sus pechos y los besé, chupé y soplé para endurecerlos aun más.

—Cristian... Sigue, por favor —pidió entre gemidos—. Más duro.

—Este cuerpo es para disfrutarlo... Y eso hago —respondí, y me miró asombrada, con un brillo especial en sus ojos—. Solo te haré el amor, Luisa.

—Asintió y besó mis labios con dulzura.

Me movía lento, con ¿amor? Sí, con amor. Luisa levantó sus piernas y las puso en mi cintura, me levanté sin salir de su interior y la llevé a mi cama, donde le haría el amor durante todo el día. No la dejaría irse así como así, no

la dejaría escapar. Esta vez no. Estando en la cama, comencé con las embestidas más fuertes, más rápidas, con más pasión. Era nuestra primera vez y quería que fuera especial, que se sintiera especial. Sentí como su interior se apretaba, envolviendo mi sexo, diciéndome que estaba al límite, donde estaba yo también.

—Agárrate fuerte, loquita.

—Sí —gimoteó.

Volví a levantarme y la pegué a la pared, donde la penetré más duro, enterrándome todavía más en su interior, provocando que un fuerte orgasmo colapsara nuestros sentidos y cayésemos al suelo sin aliento. Luisa reposó su cabeza en mi pecho. Por su frente caía sudor, y no era para menos, estábamos agotados. Minutos después, cuando ya por fin recuperamos las fuerzas, la miré y besé sus labios para hacerle ver que no cambiaba nada entre nosotros el hecho de haber conseguido al fin, meterla en mi cama. Salí de ella y llevándola en brazos, la deposité en mi cama, donde rápidamente se quedó dormida.

Yo la miraba, embobado. ¿Podía ser más hermosa? Verla ahí, en mi cama, con su cabello reposando sobre mi almohada, sus ojos cerrados, sus labios hinchados por mis besos y su piel fresca e inmaculada...

Decidí que una ducha me vendría bien, así que me encaminé al baño y me metí bajo el chorro de agua caliente. Estaba nervioso y ansioso por que se despertara y hablásemos de esto que había pasado. No era que quisiera una relación con ella. Bueno, en realidad no sabía lo que quería en este momento. Lo único que sabía, era que no la iba a dejar escapar de mi vida, la quería cerca en todo momento.

—Te enamoraste de ella, capullo, aunque eso es algo que ya sabías de antes... Yo solo quería alejarla de mí y resulta que soy yo quien no puedo separarme de ella —me dije a mí mismo.

Acabé de ducharme y salí del baño, directo al armario, cogí unos pantalones de deporte y una camiseta de tirantes. Ese día no tenía que

trabajar, así que no había prisa. Volví a mirar a Luisa y una estúpida sonrisa se dibujó en mi cara. Negué mientras salía de mi habitación y me dirigía a la cocina para preparar algo para almorzar, con todo lo que había pasado, ya eran las dos de la tarde. Saqué de la nevera todo lo necesario para hacer unos macarrones a la carbonara y me puse a ello. Me sentía bien, a gusto sabiéndola en mi cama, era una sensación extraña, como si el tiempo no hubiera pasado. Me gustaba, y eso me daba miedo. No quería que pasara lo mismo que ocurrió hace años con... No podía pronunciar su nombre, pues dolía demasiado, aún la herida estaba abierta.

Cuando terminé de cocinar, tapé la sartén y fui en busca de mi loquita durmiente. Estaba a punto de ir a la habitación, cuando sonó el timbre. Extrañado, me acerqué a la puerta y la abrí. Los ojos se me abrieron desorbitados e intenté por todos los medios cerrar la puerta, pero eran tres y yo solo uno.

El tipo que tenía ante mí me miraba con odio, y los recuerdos del pasado se metieron en mi mente, apareciendo uno a uno. Todos los momentos, todos los errores cometidos, todo lo que tuve que hacer y todo lo que pasó después. Un frío helado me recorrió desde la espalda a la nuca. Solo esperaba que Luisa no se despertara y apareciera, pero no, eso no pasó, Luisa llegó al salón y Eduardo la miró de arriba abajo, sabiendo que con ella me atacaría.

Me puse delante de Luisa, que estaba bastante nerviosa, y posó su mano en mi cintura, apretándome con fuerza. Eso era lo que el señor Manzano provocaba: nervios, miedo e incertidumbre. Solo esperaba que la visita no se complicara, al menos, antes de que Luisa por fin se fuera y nos dejase solos.

Capítulo 10

Sentía la tensión en su cuerpo. ¿Quién era ese tipo y por qué me miraba así? No salí de mi escondite, tras el cuerpo de Cristian me cobijé con miedo, como si algo me dijera que no podía confiar en ese hombre que amenazaba con solo una mirada.

—Vaya, vaya. Pero mira qué tenemos aquí. Nuestro Cristian se echó novia —soltó de pronto con voz áspera.

—No es mi novia y ya se iba, ¿verdad? —me dijo dándose la vuelta, con una mirada suplicante y llena de preocupación—. Te prometo que después hablamos, ¿vale? —susurró bajito para que solo yo pudiera escucharle.

Asentí y me escabullí rápidamente hasta la habitación para así poder vestirme. A la mierda el maravilloso día. Todo jodido por culpa del desconocido que amenazaba con ser un puto grano en nuestras vidas. No sabía por qué, pero algo me decía que ese hombre tenía mucho que ver con el pasado de mi rubio.

Suspiré sentándome en la cama intranquila. Siempre que él y yo estábamos bien, o, medianamente bien, pasaba algo y se jodía todo. ¿Sería que el destino no quería que estuviésemos juntos? Hacerme esa pregunta solo me llenó la mente de recuerdos, recuerdos de hacía unas horas, donde Cristian me había amado por primera vez y no quería que eso acabase. Sentir sus manos en mi piel fue lo que yo más había deseado desde que se cruzó en mi camino. Morder esos carnosos labios era lo que yo más quería. Tenerle dentro de mí,

haciéndome sentir mil sensaciones a la vez, como si nada ni nadie pudiera empañar ese momento.

Terminé de vestirme, parecía que ese hombre y sus gorilas se habían ido, pero al salir, los vi y él, ese tipo con cara de hijo de puta, no me quitaba la vista de encima. Cristian se puso delante de mí al ver cómo me miraban los tres. Cogió mi mano y salió conmigo al rellano del edificio, caminamos hasta el ascensor y le dio al botón. Parecía que quisiera deshacerse de mí y eso, en parte, me dolió.

—Lo siento mucho —se disculpó, obligándome a entrar en el ascensor—. Luisa. —Le miré con miedo, pues eso parecía una despedida—. Prométeme que no volverás aquí, que no me buscarás.

—Pero...

—¡Prométemelo! —grita, y mis ojos se aguaron.

Cristian entró conmigo en el ascensor y las puertas se cerraron, quedándose conmigo a solas, como tanto deseaba, importándole muy poco que esos hombres estuvieran esperándolo en su casa. Pasó sus dedos por mis mejillas, secando las lágrimas que no sabía que tenía, y agaché la mirada, dolida.

—Lo siento, lo siento. De verdad... Perdóname. —Miró al suelo abatido.

Con mis manos, levanté su cabeza y sin dejarle pensar, besé sus labios con deseo. Él me pegó a la pared y ahí tocó todo mi cuerpo, llenándome de caricias, haciendo suya cada parte de mi piel, cada parte de mí. ¿Cuándo me había enamorado de él?

Sin saberlo, sin darme cuenta, entró en mi corazón, en mi ser, quedándose con todo a su paso. Yo ya no era mi propia dueña, no era la que decidía qué hacer. Ya era suya, de él y solo esperaba que después de eso, de todo lo que habíamos pasado y de lo que sabía que estaba a punto de pasar, no cambiaran las cosas entre nosotros. Al separarnos, las puertas del ascensor se abrieron, y él, sin decirme nada, salió y me dejó sola. No me quedó más que darle al cero y bajar.

No entendí mucho de lo que pasó y algo me decía que las cosas se estaban complicando, que ese hombre vino para amargar su vida.

Estaba nerviosa a la espera de noticias de Cristian. No sabía por qué, pero algo me decía que él no estaba bien. ¿Quiénes eran esos tipos? Tenía que preguntarle a alguien, tenía que saber qué pasaba y qué querían de él. Entonces pensé en Lara, así que cogí mi bolso y salí de mi casa. Me dio igual que fueran las nueve de la noche y llegar a su casa así, como una loca, pero la preocupación inundaba mi cuerpo y no podía ni comer.

Media hora después, estaba pegando en el timbre de la casa de Lara, y Rubén me abrió la puerta, extrañado por verme ahí, delante de él.

—Hola, Luisa. ¿Pasó algo? —me preguntó, y asentí.

—Necesito tu ayuda, es sobre Cristian.

—¿Qué pasó con él? —dijo tensando su cuerpo.

Entramos y nos dirigimos al salón donde Lara descansaba tumbada en el sofá. Al verme se levantó rápidamente, se acercó a mí y me llevó hasta el sofá. No me sentía bien y se me notaba en la cara.

—¿Qué pasa, Luisa? Nunca vienes a esta hora —dijo Lara cogiendo mis manos.

Yo miré a Rubén, ya que es a él a quien necesitaba. Era su amigo desde hacía años y seguro que conocía a ese hombre.

—Estaba en casa de Cristian cuando llegó un hombre con dos tipos más —comencé a decir mirando a Rubén—. La impresión que me dio es que no eran amigos y ese tipo lo miraba con cara de querer matarlo.

—¿Cómo era ese hombre? —preguntó preocupado.

—Era alto, canoso y ojos negros. ¿Qué pasa, Rubén? No me preocupes, por Dios.

—Tranquila, Luisa. Ya verás que no pasa nada —me tranquilizó Lara—.

Cristian sabe cuidarse, ¿verdad, cielo? —dijo mirando a su marido.

Pero Rubén no respondió, y eso no ayudaba en nada. Nos preocupó mucho más de lo que debía y se acercó a la mesa, donde tenía su móvil, y marcó un número, que claramente era el de Cristian. Marcó varias veces y bufó al no recibir respuesta.

—Voy a buscarle —habló tensándome, pues parecía ser más grave de lo que yo pensaba.

—Rubén, dime qué pasa, por favor —supliqué levantándome del sofá, y me acerqué a él.

—Luisa, el hombre que fue a casa de Cristian es el señor Manzano. Es un mafioso que conoció en una de las intervenciones que hacía cuando era de la policía secreta —explica, dejándome con la boca abierta—. Cristian tenía que conseguir pruebas para meterlo en la cárcel, pero las cosas se le fueron de las manos y acabó matando al hijo de este.

A cada cosa que me decía, más intranquila me dejaba. Porque si Cristian mató a su hijo, ahora podía matarle a él. No, eso no podía ser cierto, no podían hacerle eso. Comencé a dar vueltas de un lado a otro, nerviosa, más bien aterrada, y quise saber más, mucho más. No podía dejarme así e iría con él a buscarle o me moriría de miedo.

—Voy contigo y no acepto un no por respuesta —sentencié de manera tajante.

—No, Luisa. Hay algo que aún no sabes y si vienes puede salir algo mal y Cristian no me perdonará jamás si algo llega a pasarte. Él te... —Se calló de pronto.

—¿Él me qué, Rubén? Dímelo o me moriré. Te lo suplico.

—Él está enamorado de ti, Luisa, y no soportará perderte a ti también. Por eso no quería tener una relación seria con nadie —me explicó nervioso, como si lo que me fuera a decir me hiciera apartarme de él.

—No puede ser. Él me dejó muy claro que solo quería sexo. ¿Cómo es posible que esté enamorado de mí y no me lo haya dicho? Además, ¿a qué te

refieres con perderme a mí también? ¿Acaso ya perdió a alguien? —Rubén asintió.

—Luisa, cuando ese hombre se enteró de que Cristian era un policía y el causante de la muerte de su hijo, fue a su casa y mató a su novia. —Se me heló el corazón al escuchar semejante locura y mis ojos se cristalizaron al pensar en que algo así podría pasarnos—. ¿Ahora entiendes por qué no te quería cerca? El simple hecho de poder perderte, lo mataba, pero veo que no ha podido hacerlo, ¿no? —negué secándome las lágrimas que ya rodaban por mis ojos.

Me estaba muriendo por dentro al saber su historia, y más saber que ese tipo podría haberle hecho algo cuando me marché de allí. No podíamos esperar ni un segundo más, y yo iría con él, quisiera o no. Me daba igual que ese hijo de puta me quisiera matar solo porque amase a Cristian. Ahora que sabía que siempre estuvo enamorado de mí, no me alejaría, aunque me lo pidiera de rodillas.

—No puedo soportar saber que por eso siempre me echó de su lado, y no pienso dejarle solo en este momento, así que iré contigo, aunque me ruegues que no lo haga. Yo también le quiero, incluso más que hace unos minutos y si algo llegase a pasarle, seré yo quien muera por él. —Rubén asiente comprendiendo, y después de despedirnos de Lara, los dos salimos de la casa.

El camino estaba siendo de lo más largo y no aguantaba más la preocupación, sentía cómo el miedo atenazaba mi cuerpo. Me moría de ganas de verlo, de saber que estaba bien y comérmelo a besos, sabiendo que, por fin, lo tenía conmigo y a salvo.

Rubén se mantuvo callado en todo momento, pues tampoco lo estaba pasando mejor que yo. El único momento en el que habló fue cuando llamó a la policía diciendo que mandaran refuerzos a casa de Cristian y también en otra dirección diferente que, parecía ser el escondite de ese cabrón. El saber que ese hombre podría tener a mi rubio en sus manos, que podía estar maltratándolo, me mataba por dentro y mi corazón latía tan fuerte que pronto

se me saldría del pecho.

Minutos después, llegamos a su apartamento y la policía ya estaba allí. No nos dejaron pasar y todo apuntaba a que ese tipo aún estaba en su casa y con él. Mi cuerpo temblaba y no soportaba el dolor de mi pecho, no soportaba saberlo herido y en peligro.

—¡Tenéis que dejarme pasar, joder! Es Cristian. ¡Es mi hermano! — gritaba Rubén desesperado, discutiendo con otro policía.

Yo me estaba muriendo dando vueltas de un lado al otro. La cabeza no paraba de darme vueltas y todo hacía que me preocupase aún más. Quería entrar ahí, quería comprobar por mí misma si estaba bien, pero ¿cómo lo haría? Miré a mi alrededor y todos estaban ocupados pensando en la manera que podían sacar a Cristian sano y salvo y poder meter en la cárcel a ese cabrón que intentaba matarle.

Rubén seguía peleando con ese policía gilipollas que no le dejaba actuar y, aunque en el portal había dos policías, me las ingeniaría para poder entrar sin ser vista. Si alguien hubiera sabido lo que pensaba hacer, me habría tachado de loca, pero me daba exactamente igual, si se trataba de salvarle a él, me importaba una mierda lo demás. El amor que sentía por Cristian me hacía ver las cosas de diferente manera, como hacía tiempo no veía y tenía que hacer lo que estuviera en mi mano para ayudarle, aunque me costara mi propia vida.

Caminé decidida hacia el portal, pegada a la pared y mirando fijamente a los policías, que no se movían de ahí. Me estaba acercando y podrían verme en cualquier momento, entonces, cuando pensaba que se iban a dar la vuelta, sonó un disparo y mi corazón se paró en ese mismo instante. Todo comenzó a verse en cámara lenta, como si se tratase de una película antigua pasando de atrás para delante. Era frustrante no saber nada. Quería caminar, moverme al fin y correr en su busca, pero mis pies se anclaron al suelo y mis lágrimas no dejaron de salir, aunque ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando.

—¡JODER! ¡¿Por qué cojones no actuáis de una puta vez?! — gritaba Rubén.

Un policía se acercó a él y le dijo algo al oído, algo que no pude saber qué era. El semblante de Rubén era de pánico, y eso hacía que yo me pusiera peor, porque solo podía significar una cosa, algo grave estaba pasando.

De pronto, tres policías encapuchados salieron con los dos tipos que acompañaban al desgraciado del señor Manzano, arrestados, y los metieron en un coche patrulla. La ambulancia no tardó en llegar y mi pánico se incrementó. En mi vida había pasado tanto miedo y no sabía cuánto podría soportar. Los mismos policías que salieron, volvieron a entrar, pero con los paramédicos. Alguien estaba herido y podría ser Cristian, solo esperaba que no fuera así.

Cuando mi cuerpo por fin comenzó a responder, me acerqué a Rubén para que me dijera algo y me hundí al ver una camilla aparecer en mi campo visual con una persona completamente tapada. Me quedé estática, muerta en vida y no podía siquiera moverme. Saqué todo ese valor que mi padre me inculcó desde pequeña y corrí hasta ellos para ver por mí misma si era él. Los paramédicos y policías no me dejaban, pero los empujé y, sin que nadie me impidiera nada más, abrí esa bolsa negra que tanto miedo me daba y cuando vi el cuerpo sin vida de ese hijo de puta, la calma llegó a mi alma, para luego hundirme en mis lágrimas una vez más.

—¿Luisa? —Mi cuerpo se paralizó cuando escuché su voz.

Me di la vuelta y ahí estaba él, ese hombre que robó mi corazón sin proponérselo, y corrí hasta él, apresurada y con ganas de comérmelo a besos y meterlo en lo más profundo de mi alma para no dejar que se fuera jamás. Cristian estaba magullado y herido en el brazo. Esos hijos de puta le habían torturado y casi lo matan.

—Estás bien, estás aquí... Casi me muero de la angustia —susurré apretándolo a mi cuerpo sin importarme hacerle daño.

—Claro que estoy bien, mi loquita hermosa. —Lo apreté aún más—. Luisa, cielo, cariño, me haces daño.

Escuchar de sus labios esos apelativos al dirigirse a mí hacía que me

temblaran hasta los tobillos.

—Lo siento... Es que lo he pasado tan mal en tan poco tiempo. Pensé que te perdía. —Sollocé abrazada a él.

—No me perderás nunca... Te quiero, Luisa —declaró mirándome a los ojos.

—Yo también te quiero, Cristian.

Su boca buscó la mía y nos fundimos en ese beso tan deseado por ambos. Por fin sabía lo que sentía por mí, por fin podía gritar a pleno pulmón que lo amaba, que me enamoré de él incluso antes de conocerle. Cristian y yo nacimos para estar juntos y no iba a desaprovechar ni un segundo de mi vida lejos de él.

Epílogo

Meses después...

Por fin llegó la boda de Martin y Belén. Estábamos tan emocionadas que no cabíamos en nosotras mismas de felicidad. Estos tres meses que pasaron, habían sido de ensueño y no podía negar que jamás en mi vida había sido tan feliz como lo era en ese momento, y todo gracias a él, a ese hombre que se cruzó en mi camino para llenármelo de locura, pero una locura que ambos compartíamos.

Cristian y yo por fin formalizamos nuestra relación y, cómo no, nuestros amigos estaban felices. En un principio pensamos que se lo tomarían a mal, pero nos equivocamos. Lara y Belén, mis chicas, esas hermanas que la vida me regaló sin pedirme nada a cambio, estaban llenas de felicidad al ver que yo, al fin, había encontrado el amor, y más todavía al saber que esa persona que compartía su vida conmigo me amaba tanto como yo a él, dándome lo que yo más ansiaba, una estabilidad.

Estábamos en mi apartamento ayudando a Belén a arreglarse. Lara y yo éramos las damas de honor y no sabíamos quién estaba más nerviosa, si la novia o nosotras.

—Belén, quédate quieta de una puta vez —le dije maquillándola. Bueno, más bien intentándolo, porque no se quedaba quieta ni amarrada.

—No puedo... Estoy que me subo por las paredes —respondió, y sonrió abiertamente.

—Me la suda. ¡Lara, ayúdame! —Lara vino a ayudarme y entró en la habitación. Estaba preciosa con esa barriguita que ya comenzaba a salir. Ya estaba arreglada con el vestido de gasa morado que la novia nos había obligado a ponernos y, para qué negarlo, a Lara le sentaba de maravilla.

—¿Qué pasa? ¿Ya estáis peleando otra vez? —Nos dijo, pero yo negué.

—Es que la muy cazurra no se queda quieta y así no hay quien la maquille. ¿Puedes maquillarla tú mientras yo la agarro de los brazos? —Belén me soltó una colleja, haciéndome exclamar—: ¡Oye! ¿Qué coño te pasa?

—Vas a agarrar a tu abuela, bonita.

—Belén, Belencita. No digas cosas de las que te puedas arrepentir después.

Me acerqué a ella y la agarré con fuerza. Comenzó a forcejear conmigo, pero yo era más fuerte, además de que contaba con la gran ventaja de que tenía frente a ella a una mujer embarazada y que encima era su mejor amiga. Así que paró de hacer la tonta y se dejó hacer. ¡Por fin!

Una hora después —sí, ¡una puñetera hora habíamos tardado!—, salimos del apartamento y Cristian, mi Cristian, nos esperaba abajo con la limusina que nos llevaría a la iglesia. Al salir, lo vi echado en la puerta del Hummer blanco, con ese esmoquin que le quedaba... Dios, estaba loca por llevármelo arriba y desnudarle, bueno, sin quitarle esa pajarita roja. Me acerqué a él melosa y besé sus labios con dulzura.

—Estás preciosa, mi loquita —dijo después de separarnos.

—Tú estás para comerte hasta el hilo de los calcetines...

—Pero qué bruta eres, cabrona. —Escuchamos la voz de Belén y ambos soltamos una gran carcajada.

Nos montamos en la limusina y nos encaminamos hasta la iglesia. Belén estaba hiperventilando y yo riéndome de verla así.

—¡No te reirás tanto cuando seas tú la que esté en mi lugar! —exclamó mirándome mal, lo que me hizo reír más.

—Eso no llegará —respondí.

—¿Y por qué no? —preguntó Cristian haciendo que me tragase mis

palabras—. ¿Acaso no nos ves así en un futuro? —Belén y Lara nos miraron con los ojos bien abiertos, pero no dijeron ni una palabra, expectantes a mi respuesta.

No sabía qué responder, pues esa pregunta me pilló desprevenida. Claro que quería verme así en un futuro, pero en uno muy lejano, ¿no? Joder, que solo llevábamos juntos tres meses y ya estábamos hablando de boda. Era apresurado.

—No es eso, no me malinterpretes, cielo, pero eso es algo que pasará dentro de mucho, ¿no? —Negó y yo tragué saliva.

—No quiero esperar más para despertar todos los días y tenerte conmigo... Luisa, he estado pensando mucho y quiero que te vengas a vivir conmigo. Quiero amanecer contigo y darte los besos que deseo todas las noches de mi vida, por favor. Cásate conmigo ya.

No supe qué decir ni qué pensar... Se había vuelto loco de remate. Se suponía que estaba diciendo que me fuera a vivir con él. ¿En qué momento la boda se había metido por medio?

Mi silencio le preocupó y su rostro lo delataba, en cambio, mis chicas se lo estaban pasando de puta madre a mi costa. Mi mente comenzó a recordar momentos con él y, cómo no, eran los más felices de mi vida. Inconscientemente eso hizo que mi corazón se acelerase al entender que yo quería lo mismo, que separarnos no era una opción y que amanecer junto a él era como un sueño para mí.

—Sí —murmuré mirándole a los ojos.

Cristian me miró y se quedó bloqueado, sin saber qué hacer, sorprendido por mi respuesta. Me acerqué a él, bajo la atenta mirada de mis amigas, que fueron testigos de todo el amor que sentía y todo lo que Cristian podía conseguir con solo una mirada.

—Sé que es pronto y te aseguro que estoy cagada de miedo, pero sí, me casaría contigo ahora mismo si con eso puedo despertar todas las mañanas de mi vida a tu lado —declaré, y me atrajo hacia sí, sintiendo cómo mi cuerpo se

erizaba con solo tenerle cerca.

—¿Estás segura? —Asentí, y acercó su mano al bolsillo de su pantalón, sacó una cajita y la abrió dejándome completamente noqueada—. Luisa, mi loquita preciosa... Llegaste a mi vida arrasando con la poca cordura que me quedaba, llenándola de una locura extrañamente atrayente y no pude separarme de ti nunca más. Te pido que te cases conmigo, ofreciéndote todo el amor que siento por ti y prometiéndote que tendrás todas las mañanas esos besos que siempre quiero darte, ¿aceptas? —Asentí, y lo abracé con fuerza, llenado mi corazón de esa felicidad que no sabía que existía hasta que llegó él.

—Te adoro y quiero todo de ti —susurré en su oído.

—Te lo daré todos los días de mi vida... Te amo, hermosa.

Fin

Si te ha gustado
Los besos que quiero darte
te recomendamos comenzar a leer
La senda de las Rosas
de Agatha Allen



Capítulo 1

Quisiera escribir la historia de mi padre, una historia de amor y de guerra, de falsedad, dolor, persecución, aventura y desventura, yo que me crie en el hostel de la calle Ancha, ante la playa de Barcelona, cerca por un lado de donde el rey Jaime mandó construir las Atarazanas, de donde habían de salir tantas naves que se aventurarían a dominar el Mediterráneo, y por el otro lado de la Torre Nueva de la muralla que se erigió en 1268, por encima de la cual aún hoy veo planear las gaviotas confundiendo con las nubes grises que parecen amenazar la ciudad. Mi padre era un hombre alto y rubio, esbelto, y tenía mucha fuerza y una tenacidad de carácter como no he conocido en ningún otro hombre, ya fuera noble o plebeyo, ciudadano de Barcelona o adscrito a las tierras de la Nueva Cataluña. De joven era muy apuesto, caminaba muy erguido y tenía la nuca alta y plana, llena de señorío, sin que fuera más que el hijo de unos hosteleros, un cocinero experto —con cierta cultura, gracias a las enseñanzas de Tomás Rut, maestro de escolares—, de corazón noble y de inteligencia muy clara. El nombre de mi padre era Marc Rosas, y el hostel de la calle Ancha también se conocía entonces como casa Rosas. Desde lo alto del terrado se veía el mar anchuroso —inmenso, comparado con la hondonada cerrada por colinas que ocupaba la ciudad—, el mar que a veces presentaba una mancha de luz plateada donde flotaban las galeras, moviendo los remos acompasadamente como las patas de un ciempiés. También se distinguían las torres altas de los conventos y de la catedral, el tejado del Palacio Real, el contorno de las murallas romanas que protegían una serie de casitas más humildes y las elevaciones que delimitaban el valle y llegaban a conectar con el macizo de Montjuic, que parecía la cabeza de un guerrero fenomenal que hubiese enloquecido a base de beber agua de mar.

Ese es el perfil de mi Barcelona y la de mi padre, Marc Rosas, que había jugado en los mismos patios que yo, se había escondido tras las mismas barcas que yo y había conocido a algunas chicas blancas y de cabello negro, alegres y atrevidas, que debían de parecerse mucho a otras muchachas que después he conocido yo. Aquel domingo 11 de abril del año del Señor de 1227, Marc Rosas, mi padre, se había puesto ropa nueva: camisa blanca, calzas y jubón azul. Aún hacía un sol esplendoroso a media tarde, centelleando sobre la carrera del Borne como un espejo de oro, cuando Marc Rosas se acercó a Ada, la hija del aperador Arnau Vila, que tenía el obrador en la calle de los Guijarros, una travesía de la calle Ancha, muy cerca del hostal; una chica con cara de niña, de tan joven que era, con quien se entendía muy bien y a la que conocía de toda la vida. Ada estaba acompañada por Blanca, que era de su misma edad y como ella se había alquilado en el obrador de tintes de Gerard Colom; de hecho habían entrado a trabajar juntas, a la edad de seis años, y solían compartir tantos ratos como podían; se lo contaban todo y se ayudaban mutuamente en el trabajo, aunque Blanca era la preferida de Gerard Colom, no sé si porque era delgadita y de cara muy fina y tan enfermiza que a menudo le salía sangre por la nariz o por la boca, o porque era de carácter humilde y siempre ayunaba —resignada en su pobreza—, o porque Ada, que tenía los ojos más verdes del mundo, tenía también los brazos fuertes como un hombre, y era alegre como unas castañuelas y nada le hacía mella. Pero mi padre estaba enamorado de aquellos ojos tan verdes, y de los bucles negros de su cabello que relucían con el sol, de la boca perfecta sobre una barbilla voluntariosa y del pecho alto y los andares decididos de la hija del aperador Arnau Vila. Pensaba que ella también le quería por el modo como le miraba, por cómo cuchicheaba con Blanca, su amiga, y por cómo reían ambas, por los ánimos que Blanca le daba cuando Ada no miraba, a base de afirmar con la cabeza y abrir mucho los ojos como incitándole, como si le dijera:

«¡Venga, déjate de miraditas y acércate, pasa a la acción y llévatela de una

vez por todas!».

Y por cómo reía acto seguido; Blanca se deshacía en carcajadas estentóreas que a menudo acababan en toses causadas por su enfermedad, porque todos sabían desde siempre que Blanca estaba enferma y era delicada como una flor.

Marc Rosas, mi padre, se acercó, decidido, a Ada, la hija del aperador Arnau Vila.

—Hola —dijo, y sonrió mostrando todos los dientes que tenía.

—Hola, Marc —fue Blanca quien contestó y devolvió la sonrisa a mi padre.

Ada proseguía su camino como si nada, como si tuviera mucha prisa, que no tenía ninguna en absoluto, con la cabeza muy alta y la espalda muy recta.

—¿Os importa que os acompañe?

—¡Qué ha de importar! —exclamó Blanca.

—Pero el hecho es que conocemos muy bien el camino —replicó Ada.

A mi padre le sorprendió un poco aquella salida extemporánea. Se conocían tanto, se miraban tanto, eran tan «amigos de toda la vida» que la frialdad de Ada tenía que ser a la fuerza fingida. Blanca, que por cierto era prima segunda de mi padre, gesticulaba ostensiblemente para quitar importancia a la altivez de Ada.

—Ahora que me acuerdo, mi madre me ha dicho que estuviera en casa a las seis —dijo Blanca, y se escabulló en seguida, sin abandonar una sonrisa maliciosa, aunque volvió a toser.

Marc Rosas y Ada se miraron de hito en hito; por mucho que ella quisiera disimularlo, se decían muchas cosas con la mirada.

—No sé qué podrá querer mi madre... —dijo aún Blanca, antes de esconderse detrás de la esquina.

—Ada, yo te quiero.

—¿Qué?

—Siempre te he querido, desde que éramos pequeños, y si tú quisieras

diría a mi padre que viniera a pedirte a tu padre. Tu padre es aperador, el mío hostelero; somos gente del mismo brazo; nuestras familias se entenderían muy bien para redactar un contrato de bodas si tú me quisieras.

Ada bajó la mirada. Se fingía confusa, pero se veía a la legua que estaba encantada.

—¿Querrás?

Ada alzó los ojos verdes y los tenía llenos de luz.

—Yo sí querría, pero mi padre dice que solo tengo catorce años y que soy muy joven todavía para comprometerme.

—¿Cómo sabes que tu padre dice eso?

—Lo dice siempre.

—Pero ¿tú me quieres?

—Yo haré lo que diga mi padre.

Marc Rosas se quedó con la boca abierta y muy alicaído; estaba convencido de que ella diría que sí. La vio alejarse, con la sonrisa en los labios; la dejó marchar sin añadir palabra, y aún estaba plantado en medio del Borne cuando ella desapareció detrás de una esquina, y él pensaba:

«No me quiere, pero no puede ser que no me quiera; pero el hecho es que no me quiere».

—No hagas caso —era Blanca, que había regresado—; las mujeres, a veces, son así; hacen estas cosas, pero no las sienten.

—Estaba tan seguro de que me quería...

—Yo también estoy segura.

—Tú tienes que saberlo; a ti debe de habértelo dicho.

—Me gustaría decirte que sí, porque eres el pariente más guapo que tengo; pero la verdad es que no me ha dicho nada. En eso se muestra muy reservada y misteriosa, aunque yo creo que se pirra por ti.

Dieron unas cuantas vueltas, y no dejaban de hablar de lo mismo, Ada y Marc, Marc y Ada, cuando Blanca no tosía y Marc no tenía que darle golpecitos en la espalda o pedir un poco de agua a una buena vecina. Dieron la vuelta al Borne y se metieron en la calle de Espartería, cruzaron de prisa la calle Ancha —no fueran a verles y tuvieran que regresar a casa—, llegaron hasta la plaza del hospital de peregrinos y salieron a la playa desolada y oscura en aquella hora ya un poco fría de la tarde. El mar repasaba la orilla con sus idas y venidas interminables, mecía las barcas, dejaba cabalgar las naves sobre las olas, ante el horizonte gris, insondable en la lejanía y parecía que decía Marc y Ada, Ada y Marc a cada acometida. No había nadie, y las escasas luces que encendieron a última hora aún daban mayor impresión de soledad entre los huertos desperdigados y la espalda de las casas recogidas para pasar la noche a salvo y amparar a los ciudadanos tras sus muros.

—Es hora de volver.

—Sí, se nos ha hecho tarde.

Cuando doblaron la esquina del hospital de peregrinos casi se dieron de bruces contra la figura imponente de Dalmau de Riera y del Tesor, el hijo del barón de Riera, que, aunque debía de tener la misma edad que Marc Rosas, era más alto y grueso, con cara de bobo y Blanca habría dicho que de idiota, y soltó una risa pegajosa cuando se dio cuenta de que les había dado un buen susto.

—¿Qué hacéis por aquí a estas horas?

—¿Qué haces tú?

—Se me ha escapado Alana, la perra: ¿no la habréis visto, por un casual?

—No hemos visto nada.

—Si la veis... ¡Alana, Alana!

Dalmau de Riera y del Tesor se alejó corriendo, persiguiendo la sombra de Alana, que hacía un ruidillo muy sutil al desplazarse, una especie de pitido fino como una serpiente o un fantasma.

—¿Tú has visto algo?

—Yo no he visto nada.

Odiaba a Dalmau de Riera y del Tesor, a quien llamaba Mau, y estaba seguro de que él también le odiaba desde la mañana que se habían conocido en la escuela de maese Tomás Rut, improvisada en el hospital; Marc Rosas imitó sus andares cachazudos, dando bandazos como un barco, hinchando los carrillos y babeando al tiempo que remedaba su voz engolada que recordaba el sumidero de una pila atascada que a duras penas consiguiera tragar agua. Ahora también corrió dando bandazos, como si precisara toda la playa para desplazarse, persiguiendo la sombra de la perra Alana; incluso parecía meterse corriendo en el mar, como si fuera incorpóreo, como si lo fueran los dos, la perra y el tarado de Dalmau de Riera y del Tesor.

—¡Mira, es como si se lo hubiera tragado el mar!

—¡Ojalá fuera cierto!

Blanca no quiso que la acompañara a su casa; ya era tarde para ir a servir la cena en el hostel y su madre le iba a reñir. Luchó por reprimir una lágrima cuando ella le dedicó una última sonrisa de ánimo, antes de perderse entre las sombras del callejón. Después solo se oían sus toses; estaba tan delgada, con las piernas blancas como su nombre, que Marc Rosas pensó que podía ocultarse en la oscuridad sin ser vista, y que solo sus toses la delataban. Sintió un vacío en el pecho, como si acabara de perder su sonrisa y el apoyo que le daba no solo en el amor de la estúpida Ada, sino en las cosas de cada día, porque tenían una complicidad ejemplar. Sintió como un vuelco en el corazón, como un cachete invisible detrás de las orejas; vio pasar la sombra de un presagio y la espantó con una sonrisa. Entró armándose de coraje.

Tras la puerta de la cocina, cortando leña en el patio interior, su padre le guiñó un ojo al verle. Era una mueca de complicidad, pero no dijo nada; solo le urgió a que se apresurase con un ademán de la cabeza. Ramona asaba pescado ante los fogones, casi invisible entre la humareda, ella que era alta y

un poco corcovada, y murmuraba algo que no se entendía, pero que se podía adivinar:

«¿Qué horas de llegar son esas?».

Entró Miguel, el mayor de los hermanos y en cambio el más bajito, con la bandeja que usaba para servir las escudillas en el comedor; sacudió la cabeza, pero tampoco dijo nada. Marc Rosas se limpió las manos en el lebrillo, se ató el delantal y se incorporó en seguida a su tarea; vertía sopa en las escudillas, llenaba las fuentes con ensalada y las adornaba con filetes de pescado ya cocido. Después —cuando Ramona se lo indicó por señas, llevándose la mano a la frente y cerrando los ojillos para dar a entender que padecía una fuerte jaqueca—, tostó pan, asó salchichas, removió las salsas y puso el costillar de la ternera al fuego para que se hiciera al *ast* antes de que se lo terminaran de comer las moscas. Aquella noche tenían muchos parroquianos, y además avanzaban cosas para mañana. No le quedó tiempo de volver a pensar en Ada, que de haberlo tenido se habría quedado parado, incapaz de reaccionar, y tampoco pudo evocar la frialdad que le había dejado en el corazón la repentina desaparición de Blanca. Solo cuando el trabajo menguó y estaba a punto de comerse una rebanada de pan, untada con salsa de almendras, canela y vinagre, de las que habían preparado para acompañar la carne, María, su madre, se le acercó con los labios apretados y los ojillos azules centelleando.

—Me he entretenido, madre...

Era alta como un hombre, fuerte como un mozo de cuerda; tenía el pelo rojo y los ojos azul claro. No dijo ni una palabra, pero le pegó una bofetada que a Marc le ardió en la cara.

«Me lo tengo merecido».

Cuando subió a su cuarto ya no quedaba nadie a la vista. Era una buena habitación; si hacía falta, la alquilaban, pero si estaba vacante Marc Rosas se sentía muy a gusto en ella, como si fuera un señor. Plegó sus ropas y las puso en la caja. Se asomó a la ventana. Desde allí no se veía, pero en la quietud de

la noche creyó oír el rumor lejano del mar que todavía repetía «Ada y Marc, Marc y Ada». La frialdad de la amada se le confundió con el vacío que le había dejado en el ánimo la repentina desaparición de Blanca. Mañana los dos se reirían de su inquietud, pensó, y se la figuró haciéndole confidencias. Mañana los dos se burlarían de su intranquilidad, ella tal vez ridiculizaría su obstinada pasión por Ada, le ayudaría a olvidarla, a pesar de que no se veía capaz de olvidarla; nunca habría creído que al día siguiente Blanca amanecería muerta, que le habrían arrancado los ojos y ya no volvería a sonreír; nunca habría creído que no volvería a verla con vida.

Los besos que quiero darte

Tercera entrega de la trilogía Besos



Después de dos años y demasiadas cosas entre ellos, la relación de Cristian y Luisa da un giro inesperado. Pero él sigue pensando que el amor está sobrevalorado mientras que ella mantiene que es lo mejor que puede pasarle a un ser humano.

¿Quién de los dos tiene la razón?

¿Será Cristian quien acabe pensando que el amor es lo más bonito que le pudo pasar o terminará Luisa odiando a todos los hombres por culpa de uno?

Priscila Serrano nació el día 11 de noviembre de 1985 en la ciudad de Málaga, España. Es una mujer de 33 años, casada y con un hijo al que adora. Toda su vida ha estado dando tumbos sin saber qué hacer, hasta que un día, y sin pensarlo dos veces, decidió adentrarse en el mundo de la literatura, convirtiéndose en autora de romántica y new adult.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Priscila Serrano

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-11-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Los besos que quiero darte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Priscila Serrano

Créditos